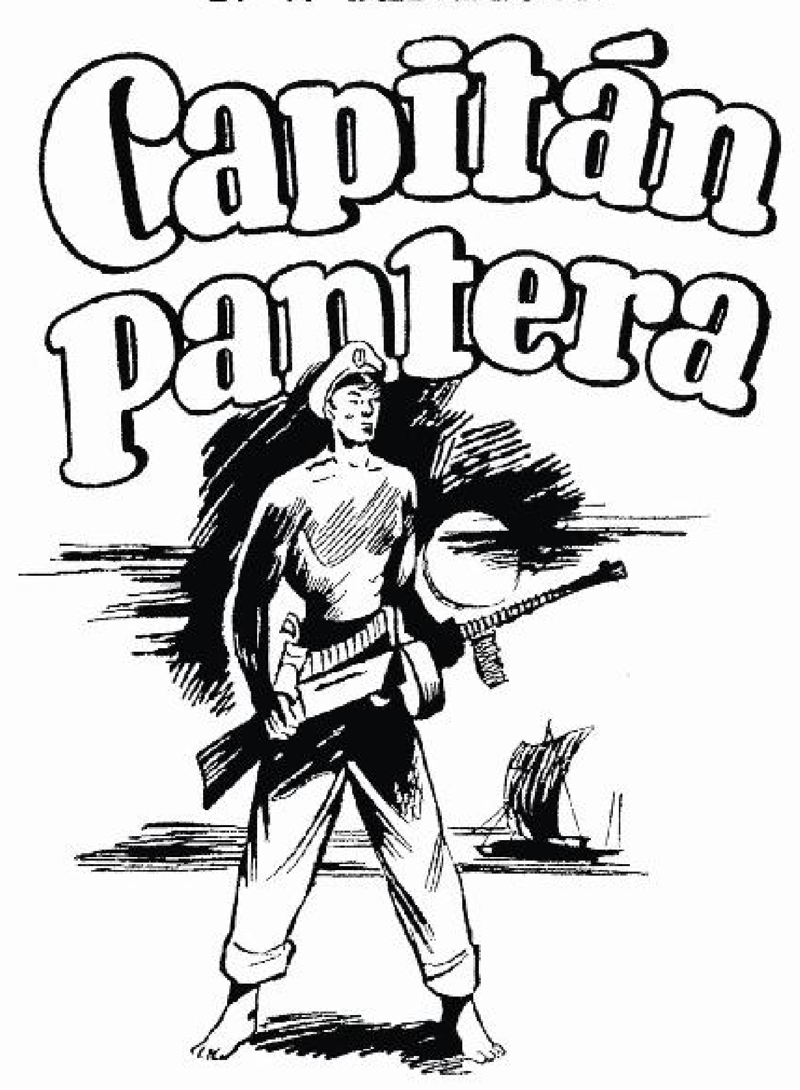

CAPITAN
Pantera
3
PTAS
LAS SIETE PERLAS

P. V. DEBRIGODE



PUBLICACIONES LUX
MADRID - BARCELONA - BUENOS AIRES

SIMPAR, S.A. – Provenza, 330 – Barcelona



Por P. V. DEBRIGODE

Capítulo Primero

FORMALIDADES…

Bajo el toldo recalentado por un sol implacable, de pie en la cubierta de proa del velero, un marino de rubio cabello rojizo, alto y aparentemente flaco, escuchaba complacido las explicaciones de la mujer que, a su lado, examinaba, como él lo estaba haciendo, los grisáceos contornos de una pequeña isla distante que emergía de la quieta extensión azul a unos cables de distancia.

—Es la isla Krakatoa, la famosa isla del no menos famoso volcán Perboewatan. Ese volcán produjo una de las mayores catástrofes, allá por el año de 1883. Esta isla era por entonces fértil y verdegueante, y de resultas de la erupción quedó reducida a una cuarta parte de extensión, y su fertilidad trocóse en un amasijo de piedras grises recubiertas de lava.

Ella hablaba un inglés exótico, correcto, pero de descendencias extranjeras. Su voz, de diapasón bajo, era agradable al oído…

El marino, insertos los dos pulgares entre la camisa despechugada y el cinturón-canana del que pendían dos revólveres *Colt*, sonrió admirado.

—Es usted un pozo de ciencia, Mina.

Guillermina Van Bloeng hizo una leve reverencia burlona y prosiguió en sus explicaciones:

—Bajo la acción del seísmo, tres cuartas partes de la isla se abismaron literalmente bajo el agua. En unas horas quedó cambiada toda la geografía de este archipiélago de la Sonda. El ruido de la explosión fué tan formidable, que se oyó hasta en Ceilán, que dista más de tres mil kilómetros.

—¡Cáscaras! —exclamó ingenuamente asombrado el marino.

—La conmoción sacudió el aire en un espacio estimado por los sismógrafos en la catorceava parte de la superficie terrestre. La piedra pómez arrojada por la erupción fué llevada por las olas hasta Madagascar. El mar estuvo agitado sobre toda la superficie del globo, y ahora le añadiré algo que usted es muy libre de no querer creer, pero que con sus propios ojos podrá contemplar cuando se interne en Java. Un viajero que al ocurrir el siniestro viajaba por el interior de la isla, encontró en pleno bosque, muy lejos del litoral, un vapor intacto, que había lanzado hasta allí la violenta y colosal marea que se originó.

El marino contempló con recelo el hermoso rostro femenino.

—Oiga, ¿va de veras o es un chiste?

—Usted mismo podrá ver este vapor, encallado en plena jungla, y que hoy sirve de lugar de cita para partidas de caza y meriendas campestres.

Alrededor del velero, el mar estaba cubierto de trozos de piedras pómez volcánica que eran llevados a capricho de la corriente, por entre la que

navegaba airosamente el velero, en cuya proa leíase en letras doradas: «Panther».

—Tenga presente, Ross Maloney, que fué una ola gigantesca y anchísima de unos treinta metros de altura, que engulló en la costa oeste de Java unos cuarenta pueblos y más de veinte mil indígenas.

Ross Maloney ojeó el mar circundante sin gran entusiasmo, y con menos agrado aún contempló el cono del monstruo mudo, siniestro y desierto que se erigía en el centro de la isla, y que el velero iba contorneando y dejando atrás.

A lo lejos se dibujaban las primeras costas de Java, emergiendo poco a poco de la bruma ligera producida por la refracción del sol del mediodía en el agua.

—Espero que ese Krakatoa haya quedado del todo agotado después de su infernal esfuerzo. Hábleme de los indígenas de Java, Mina. Siempre me ha gustado instruirme sin esfuerzo… Por eso soy tan inculto.

Mina Van Bloeng rió con su peculiar sonido de voz grave y melodioso.

«Una caricia de terciopelo para el oído» —meditó Maloney, sin embargo poco propicio a simbolismos.

—Los naturales de Java son los *batakos.* Son aborígenes de la jungla sumatriana y se denominan también *battas*. Viven en el interior y difieren de los malayos civilizados y por completo sumisos, en que se afeitan la cabeza, sin conservar más que un mechón de pelo en cualquier lugar del rapado cráneo. Sus dientes están limados y laqueados de negro, para demostrar a las inspecciones de las autoridades que han decidido abandonar sus costumbres antropófagas.

—¡Cáscaras! ¿Antropófagos ahora? Pues sí que vamos con buen rumbo…

—Lo eran. Ya no lo son.

—Quien tuvo, retuvo. Si le cogieron el paladar sus papaítos a hincarle el diente a la carne humana… *¡puaf!*…

—Realmente, antes eran tribus antropófagas y devoraban a bocado limpio sus prisioneros de guerra y a las esposas adúlteras.

—Buen sistema. Hacían desaparecer el cuerpo del delito.

Y Ross Maloney encantado de su propio chiste, rió a mandíbula batiente. Su risa pletórica de jovialidad y estentórea de exuberancia vital, no era precisamente nada «acariciante». Quizá por eso mismo le agradaba a Mina Van Bloeng…

—Pero también devoraban a sus padres ancianos, incapaces ya de trabajar en la conservación de las techumbres, adornadas con cuernos de búfalo, de sus chozas alzadas sobre pilotes.

—¡Qué bárbaros tan repugnantes!…

—Según parece, no hace aún mucho tiempo que los *batakos* caníbales rogaban rendidamente al padre y a la madre decrépitos, que honorablemente se suspendieran por las manos a una rama de árbol en tanto que a su alrededor, acompañados por los golpes de «tam-tam», lo hijos y los nietos

danzaban en corro infernal cantando —y la cultivada voz de la holandesa quiso exhibir su facultades de contralto:

Mientras la fruta sigue adherida a su rama,
es que está, aún fuerte y poco madura.
Cuando la fruta se desprende de esa rama,
está ya madura y buena para ser comida.

—Canta usted maravillosamente. Tiene un tesoro en la voz. Claro que no lo necesita, ya que es rica heredera del viejo Julius. Y la canción supongo que significaría…

—Que si los pobres ancianos no podían sostenerse en la rama, eran devorados respetuosamente por sus hijos y sus nietos.

—¡Vaya familia! —dijo Maloney, rascándose pensativo la sien—. ¡Oiga! Esos hijos y nietos… ¡pues son los que viven allá ahora!

—Sí. Pero me han asegurado los colonos, mis compatriotas, que hoy ya los viejos no están de moda —dijo ella con plácido sarcasmo—. Perdón, quise decir que ya no los sirven «á la broche». La penetración lenta y formal de mis compatriotas en el inferior de estas islas, ha impresionado fuertemente a estos excelentes *batakos*, que hoy son buenos agricultores y a los que han incitado a criar toros, búfalos y cebúes, cuya carne debe parecerles menos coriácea que la de sus venerables abuelos.

—Está usted muy documentada para ser, en realidad, una viajera que tan sólo permaneció, como me ha explicado, dos días en Java, procedente de Amsterdam.

—Entretuve la travesía oyendo las explicaciones de los oficiales del «cargo» de la compañía «Van Bloeng». Quiero oír testimonios vivos, y no atenerme a lecturas. Se evita uno así desengaños. Yo creí que la llegada a Java debía ser algo indescriptible por su belleza. Y nada me produjo una sensación tan vulgar y deprimente como la llegada al puerto de Batavia, llamado Tanjung Priok. Aquel litoral que se aproxima es sofocante, febril, sucio, insalubre. Se huye de él, se le evita como se evita un pantano pestilente, y se va en busca de las altiplanicies refrescantes. En suma, en Java, isla paradisíaca, no es el mar lo bello, sino la tierra, el interior. Si usted, como yo esperaba, espera hallar perspectivas escalonadas sobre colinas, una seductora vegetación tropical, arrozales que brillan al sol, en resumen, lo que en estilo turístico se califica líricamente hermoso panorama, desengáñese ya. Verá una costa baja y llana; aguas grasientas, limosas; un calor sofocante; miasmas pútridos; nubes de mosquitos; algunas palmeras en abanico, raquíticas, esparcidas por entre el tablero de almacenes y cobertizos de plancha ondulada. Eso es Tanjung Priok, el triste puerto de Batavia.

—Nada tiene, pues, de la tan cacareada «magia viviente» de los puertos asiáticos.

—¡Ah!, pero el interior… —y entrecerró ella los párpados, evocando—. Es único en el mundo por su perfume especial, enervante, y por las noches parece como si una vida insospechada alentara en la jungla, haciendo nacer deseos de convertirse en pantera…

Abrió ella repentinamente los ojos, riendo suavemente.

—He citado a ese felino por su eléctrica elasticidad… Pero me había olvidado que es usted el capitán Pantera.

—Olvidémoslo. Son «chinerías». Conque se sentía usted pantera, ¿eh? Ese es un bicho de pelaje lustroso y ojos raros, crueles… En fin, nada de parecido a usted, tan blanca, rubia y… bueno, pues eso, tan femenina y dulcemente guapa.

—Gracias, Ross. Me encantan sus escasísimos cumplidos, porque se percibe que no tiene usted costumbre de emitirlos.

—¿Qué ocurre, Tian ?

La pregunta de Ross Maloney dirigida al viejo pirata chino que acababa de presentarse, le distrajo de su atención puesta en el hermoso rostro de Mina Van Bloeng, y por eso no pudo ver el extraño mohín que se dibujó en la carnosa y gordezuela boca de la holandesa, dándole por unos leves instantes cierta perversidad latente…

Tian prosternóse tres veces rápidamente…

—Barco blanco con grandes cañones y mucho uniforme blanco, se acerca a gran marcha por popa, capitán Pantera.

Ross Maloney corrió hacia la banda de estribor. Desde ella percibió un cañonero, bien pertrechado, reluciente de blancura, y que enfilaba su proa hacia el velero, acortando la distancia velozmente.

Mina Van Bloeng más reposadamente acercóse al marino americano.

—No es para preocuparse, Ross. Son los de Aduana, Sanidad y Policía. Graves holandeses pacíficos, muy formales y apegados a las formalidades. Poseedores de una urbanidad ceremoniosa y desconfiada… Debe usted dar orden de arriar velas, y aguardar la lancha de revisión.

—¿Qué van a revisar?

—Si lleva contrabando de drogas, o piratas a bordo —dijo ella riendo con entonación levemente ronca.

—Drogas, no. Pero, ¡cáscaras!, no podré pretender que esos macacos son muchachos de Kansas en viaje de bodas…

—No se apure. Espero que podré ayudarle.

Y en efecto, Mina Van Bloeng fué una gran ayuda en sus intervenciones, apenas hubo pisado la cubierta del velero al pairo el grupo de hombres procedente de la lancha rápida botada desde el cañonero.

Eran siete individuos, distintos en la apariencia y en la vestimenta, pero idénticos en el porte del casco colonial de ancha a la redonda.

Uno de ellos avanzó. Vestía uniforme de marino de guerra. Levantó su casco al divisar a Mina Van Bloeng. Volvió a encasquetárselo, enfrentándose con Ross Maloney.

—Inspección —dijo en inglés gutural—. Comandante Bagchus.

—Ross Maloney, capitán mercante —declinó el americano, tendiendo su «carnet» expertamente falsificado en Shanghai.

El holandés echó una detenida ojeada a las dos cartulinas del librito devolviéndolo a su dueño.

—¿Libro de a bordo?

—No lo llevo, ni lo tengo.

Una expresión de estupor dilató los rasgos del marino holandés.

—Es obligación de todo oficial mercante, cosa que usted es imposible que ignore, capitán Maloney, el que…

—Excúseme —intervino Mina Van Bloeng—. Debido a recientes y tristes sucesos accidentados, el capitán Maloney perdió su documentación. Le fué robada. Soy Guillermina Van Bloeng, nieta de Julius Van Bloeng.

La frase final disipó la desconfiada rigidez con que al principio el holandés escuchaba la explicación de la que había intervenido. Pero al oír el apellido doblemente citado, el comandante Bagchus saludó algo grotescamente, y su rostro expresó dentro de cierta estupefacción un respetuoso tributo a la familiar del hombre más rico e influyente de Batavia.

Su saludó fué repetido por los otros seis funcionarios.

—Deseo explicarles, señores —siguió diciendo flemáticamente Mina Van Bloeng—, lo que sucedió. Vine con mi hermano y su esposa a Batavia llamada desde Amsterdam por carta de Julius Van Bloeng. A nuestra primera llegada a esta isla supimos que mi abuelo nos aguardaba en la isla de Pettigrew. Fuimos allá, y a los pocos días de estancia tres embarcaciones piráticas de malayos diacos asaltaron la factoría. Decapitaron a Julius Van Bloeng…

Un respingo de horror y estupefacción sobresaltó a los siete funcionarios.

Mina Van Bloeng continuó hablando, como si citara cosas triviales.

—Decapitaron también a los capataces y vigilantes. Malhirieron a mi hermano, que está a bordo en un camarote, asistido por su esposa, y que, por lo tanto, no ha podido tener el honor de recibirles, haciéndolo yo en su nombre. Los diacos incendiaron los cañaverales, haciendo perecer encerrados en sus chozas a los nativos.

En cuanto iba exponiendo Mina Van Bloeng, un psicólogo experto habría analizado cierta complacencia indiferente…

—Nos secuestraron a mi cuñada y a mí, y seguramente estábamos destinadas a la peor de las muertes, cuando la providencial llegada del capitán Maloney exterminando a todos los piratas malayos, logró el milagro de salvar nuestras tres vidas: la de mi hermano, la de mi cuñada y la mía propia. No contento con ello, el capitán Maloney se brindó amablemente para admitirnos como pasajeros a bordo de su velero, y desviarse de su ruta hacia Shanghai, donde comercia, para traernos a nuestra segunda patria.

Los siete funcionarios dedicaron esta vez su ceremonioso saludo al americano, que, bajo su bronceada piel, enrojeció intensamente. Incapaz de

mentir, estaba molesto oyendo los eficaces «arreglos» con que la holandesa estaba exponiendo lo sucedido.

La mirada del comandante holandés fué posándose circularmente en los rostros amarillos que alineados a la otra borda, miraban hoscamente en dirección a él.

Mina Van Bloeng demostró su nativo instinto diplomático, y su agudeza cerebral, previendo la pregunta que iba a formular el marino.

—Créame, comandante Bagchus, que al principio al ver tan sólo en el velero tripulantes asiáticos, creí en la llegada de piratas chinos. Pero tenía una explicación fácil: el capitán Maloney es un norteamericano decidido, que no vaciló en fletar un velero por su cuenta, dotándolo de una tripulación económica, y con el que navega entre las islas y Shanghai, transportando herramientas agrícolas, semillas y demás material provechoso. Él y sus hombres van armados, según me explicó ante mi ignorancia, debido a lo peligroso de navegar en estos mares donde aún perduran restos de piratería, como infortunadamente mi pobre abuelo me advirtió, no creyéndolo yo.

El comandante Bagchus cedió el sitio a un funcionario, vestido de impecable traje cruzado de dril blanco, zapatos charolados y camisa de seda. Era un hombre todavía joven, de unos treinta años, esbelto y amante de las joyas, a juzgar por la perla que lucía en su corbata roja, una hermosa perla negra que hacía juego con las perlas del mismo color que adornaban sus puños.

En la diestra manicurada ostentaba un anillo en el meñique: un aro de platino engarzando un diamante.

El rostro, de rasgos regulares, tenía detalles que resaltaban: el largo cabello castaño ondulado, la frente ancha, los labios muy delgados y los grandes ojos soñadores de dorado matiz.

Avanzó dos pasos con el «salakoff» bajo el brazo, hasta quedar como Maloney, Mina y el comandante, protegido por el toldo, que les resguardaba del recio sol en su cenit.

—Permítanme presentarme: Wynberg Daendels, adjunto del Comisario de Policía.

Inclinóse para besar la diestra de Mina Van Bloeng, en gesto elegante, que se le antojó a Maloney el «non plus ultra» del refinamiento.

—Expreso mi más profundo pésame y condolencia por la muerte del señor Van Bloeng. Y lamento, señorita, tenerle que imponer la formalidad de rogarle que esta tarde, a la hora que usted desee, en la Comisaría de Weltreveden, tenga la inmensa bondad de prestarse al trámite formulario de dictar una declaración de tan infausto suceso al taquígrafo de nuestro señor Comisario. Es puramente para levantar el atestado judicial.

—Trámite que me dispondré a cumplir, señor. Esta tarde acudiré sin falta a la Comisaría de Weltreveden.

—Suplico también al señor capitán Maloney tenga a bien acompañar a la señorita, como testigo principal y ajeno a la familia. Muchas gracias, capitán

Maloney.

Ross Maloney levantó una mano en gesto indefinible. Prefería mantener el más estricto silencio.

—Otro ruego, capitán Maloney —siguió diciendo Wynberg Daendels con obsequiosa voz y en perfecto inglés—. Una formalidad ineludible en Tanjung Priok es que la tripulación china debe permanecer a bordo, sin bajar a tierra hasta que no se les conceda un permiso especial, que puede, si lo desea, pedir en Comisaría. Gustoso me encargaré de ello. Pura y simplemente una formalidad. Otra formalidad, que espero sabrá excusar, es la de que a bordo de su velero, mientras se le concede el permiso a la tripulación, habrá una guardia de marinos holandeses. ¿Le molesta, capitán Maloney?

—¡Hombre! Le diré… No me encanta tanta formalidad…

—Sabrá excusarla. Ya conoce el temperamento chino: Infantil, indisciplinado… En fin, usted manda a bordo.

—¿Sí?

Fué tan sólo una pregunta, pero sonaba tan sarcástica, que Mina Van Bloeng juzgó conveniente intervenir.

—Instruiré al capitán Maloney de estas formalidades que ignoraba. ¿Puedo en nombre suyo invitarles a un cordial?

Retrocedió Wynberg Daendels, y los siete funcionarios saludaron, tomando la palabra el comandante Bagchus

—Agradecemos la oferta, pero tendrán ya deseos de pisar tierra. Nos retiramos.

Al alejarse la lancha hacia el cañonero, conduciendo a los holandeses, Ross Maloney echóse la gorra hacia atrás.

—Son muy amables, cierto… Pero quizá preferiría haber sido recibido por unos cuantos *batakos* enseñándome los dientes sin limar.

—Mis compatriotas son muy meticulosos. ¿Acaso en Nueva York no lo son?

—Yo soy de Kansas. Pero si allá son formularios, aquí estamos en el mar de China, ¡qué caramba!

—Abundan los piratas… —dijo ella dulcemente.

Ross Maloney dió media vuelta encarándose con la inmóvil tripulación, a quienes les habló en chino

—Hasta que yo no os lo diga, ninguno de vosotros bajará a tierra. Esos eran amigos míos, que para la seguridad del velero, mandarán a bordo uniformes armados. Vosotros no les molestéis para nada… o sabréis qué clase de cordiales puñetazos os propinaré. El temible y astuto Tian y el gran luchador Ling vigilarán que sean cumplidos mis deseos. Yo iré a tierra y volveré mañana. Ahora, izad velas y sigue el rumbo del cañonero, Ling.

Cuando ya el velero maniobraba tras la estela del barco holandés, Ross Maloney acercóse a Mina Van Bloeng.

—Supongo que esta tarde volverá usted a repetir la historia de los acontecimientos de la isla de Pettigrew a su modo, ¿no, hermana?

—Naturalmente. No son mentiras, yanqui. Eran explicaciones obligatorias para no manchar el nombre de los Van Bloeng. ¿Podía decir que mi abuelo pretendió matar a mi hermano Karl?

—Verá… Diciendo la verdad, no hay que esforzar la memoria en recordar las mentiras. Yo hubiera preferido hablar y contarlo todo como pasó. Pero ahora ya no puedo hacerlo. Sería llamarle a usted embustera delante del Comisario.

—Gracias. Sabré recompensarle esta actitud, con mi sincera amistad.

—Bien… pero me ha metido en un buen lío.

—¿Usted cree? Yo diría mejor que evitándole sus franquezas le he evitado ciertas formalidades enojosas. Mis compatriotas son muy meticulosos y formularios…

—Ya sé, ya sé. Pero es que… el violinista no me gusta nada.

—¿El violinista?

—Sí. Ese caballero que se presentó como adjunto del comisario. Me hace el efecto de un pez frío con muchas escamas y que sabe más latín que el que lo inventó. Supóngase que en la Comisaría me mete los dedos en la garganta para que yo vomite?…

Mina Van Bloeng frunció la delicada nariz, en gesto de sincero asco.

—Perdón —dijo Maloney enrojeciendo—. Era una expresión de mi tierra. Quería yo decir que, suponiendo que ese Daendels, en la Comisaría, me someta a un interrogatorio, pues yo no podré disimular tan bien como usted la verdad de lo ocurrido.

—Los diacos cortaron la cabeza a mi abuelo. ¿Sí o no?

—Sí.

—Eso es todo. Verá cómo no le preguntan más.

Y Mina Van Bloeng pareció dotada de un poder de adivinación. Cuando ya el velero anclado y con marinos holandeses a su bordo, quedó atrás, Karl Van Bloeng y su esposa subieron en una ambulancia, tendido él en una camilla.

Mina y Maloney tomaron asiento en el pequeño tren colonial que esperaba la salida a la derecha de la dársena. Y dejando atrás las dársenas cenagosas, el ferrocarril emprendió el corto viaje a Weltreveden, la verdadera Batavia moderna, en la que residían los holandeses que por razones de salubridad abandonaron la Batavia-Oudestad.

La moderna Batavia no tenía nada de europea. Era una ciudad, una gran ciudad colonial, sombreada por multitud de parques, que salvo los Canales, que el régimen del suelo imponía, nada tenía de holandesa.

En la estación, Wynberg Daendels, estaba hablando con una mestiza javanesa, vestida con el clásico «saprong».

Apartóse de ella, saliendo al encuentro de los recién llegados. Besó la mano de Mina y dedicó una amable reverencia a Maloney.

—Tengo el honor de acompañarles a la Comisaría. Pensé que era lo menos que debía hacer, y más teniendo en cuenta que en realidad, usted,

señorita, no conoce mucho la topografía de la ciudad. Felizmente, la Comisaría está a cincuenta metros. Entre aquella magnífica arboleda del parque de Pieter Eberfeld.

Un comisario obeso y cortés escuchó la repetición de la historia que Mina había ya contado a bordo, mientras ahora un taquígrafo tomaba rápidamente nota.

Wynberg Daendels, al salir el taquígrafo, entabló con Mina una conversación trivial acerca de los sitios curiosos a visitar en la isla, y poco después entraba el taquígrafo portando ahora tres hojas mecanografiadas que entregó a Wynberg Daendels.

El comisario abanicábase gravemente con un gran «pay-pay»…

—Copia exacta de su declaración, señorita. Por duplicado. ¿Desea que la lea?

—No es preciso, señor Daendels. ¿Dónde debo firmar?

El índice manicurado del adjunto apoyóse en un espacio en blanco, y su otra mano tendía una pluma a Mina Van Bloeng que firmó por dos veces.

Cogió Daendels las dos hojas que colocó delante de Maloney en la mesa. Con la tercera hoja, hizo varios dobleces y ostensiblemente la guardó en su cartera.

Ross Maloney cogió la pluma como quien coge el mango de una maza.

—¿Dónde garabateo?

—Como testigo, ratificando todo lo dicho por Mina Van Bloeng, aquí a la izquierda.

Ross Maloney firmó con bastante lentitud. Recogió Daendels prestamente las dos hojas, que colocó delante del comisario, que seguía abanicándose.

Ambos jefes de policía saludaron, y Wynberg Daendels, acompañando a los dos visitantes hasta la puerta exterior del edificio, despidióles como un anfitrión que recibe en su domicilio particular.

—Espero tener el gusto de verle pronto por aquí, capitán Maloney.

—¿Eh? ¿Para qué?

Wynberg Daendels posó sus grandes ojos castaños y soñadores en la atlética y desgarbada figura del americano.

—Referente al permiso para el desembarco de sus tripulantes, capitán Maloney. Buenas tardes.

Por el alrededor del edificio de la Comisaría, el extenso parque se desparramaba acogedor, umbrío y refrescado por surtidores potentes.

—Menos que nunca…

Mina Van Bloeng andando junto a Maloney le miró interrogante.

—Digo que menos que nunca me gusta este mozo de uñas como espejitos y modales de artista músico.

—No sea aprensivo, Ross. *Mister* Daendels es la cortesía personificada.

—Prefiero, menos merengue y más carne. Apostaría triple contra sencillo a que Daendels sospecha algo. ¿Qué? No lo sé…

—Es posible. Pero no importa. Ni somos criminales ni nada tenemos que

temer.

—¡Cáscaras! Usted soltó algunos embustes, hermana. Eso está mal.

—Lo hice por el buen nombre de la familia Van Bloeng.

—Bien. Pase por lo que respecta a haberse callado el intento de Julius de liquidar a Karl. Pero, ¿por qué no me dejó hablar cuando de mi se trataba?

—Quizá usted hubiese expuesto demasiado crudamente su… ¿cómo diría yo…? su idiosincrasia.

—¿Qué diantre significa esa palabreja?

—Su temperamento, su carácter. Y el testimonio de un capitán Pantera podría suscitar comentarios malévolos. Además, no olvide que usted aceptó mi sugerencia de enrolarse en la compañía Van Bloeng. Necesito un hombre como usted, en quien pueda confiar…

Retrocedió Maloney impulsivamente, reprimiendo una exclamación de sorpresa. Acababan de atravesar un sendero donde unos arbustos formaban un techo en abovedadas arcadas, cuando, un muro se interpuso al final.

En lo alto de este muro, un clavo atravesaba de parte a parte un cráneo humano…

Pero a los dos segundos dióse cuenta Maloney que la penumbra del crepúsculo cercano habíale hecho confundir la piedra con huesos calcinados: era un cráneo de piedra.

—Pieter Eberfeld —dijo Mina tranquilamente, como quien expone un hecho sabido por todo el universo.

Debajo del cráneo una placa empotrada en la pared de ladrillo tenía en relieve una inscripción en mayúsculas:

> «PARA PERPETUAR EL EXECRABLE RECUERDO DEL TRAIDOR CASTIGADO PIETER EBERFELD, SE PROHIBE A TODO EL MUNDO PLANTAR O EDIFICAR EN ESTE LUGAR AHORA Y PARA SIEMPRE.
>
> BATAVIA, 14 DE MAYO DE 1722.»

—Ya… —dijo Maloney tranquilizado—. Fué en 1722. Modales anticuados que supongo no empleará *mister* Daendels para castigar los embustes.

Buscó con la mirada a Mina Van Bloeng. La vió sentada en un banco de mármol, tras el que unos tupidos setos formaban un respaldo cómodo.

La penumbra había invadido aquel rincón del extenso parque.

—Siéntese, Ross. Son las siete, y hasta las ocho no aparecerá por el «Hotel de las Indias» Antjol Stadskerk.

Ross Maloney quitóse la gorra, sentándose junto a la holandesa.

—Vaya nombrecitos que se estilan ustedes, hermana. ¿Quién es este Antjol y lo otro?

—Antjol Stadskerk es el gerente director de la Compañía Van Bloeng. El hombre que en las frecuentes ausencias de mi abuelo tenía plenos poderes

para regir las operaciones comerciales de la compañía. Por mediación del intérprete del puerto, un buen muchacho inglés…

—¿El sudoroso y gordito con quien habló usted apenas desembarcada?

—Sí. John Smith. Fué muy amable conmigo en mi primera visita. Como decía, por su conducto, le envié aviso a Antjol Stadskerk, notificándole mi llegada, dándole cita a las ocho en el «Hotel de las Indias», y rogándole hiciera reservar habitaciones para usted para mí.



Ross Maloney, pasándose la mano por la sien…

—Gracias. Yo tengo mi barco y usted tendrá su casa, ¿no?

—Por el instante sería considerado de mal gusto que yo me alojara en el domicilio de mi difunto abuelo. Haremos tiempo hasta las ocho. De vez en cuando, la soledad es encantadora… ¿Conoce la historia de Pieter Eberfeld?

—¿El del clavo atravesándole la sesera? No tengo la menor idea. ¿Qué

pudo hacer este buen Pieter?

—Era hijo de un alemán riquísimo y una javanesa. Se convirtió al Islam y proyectaba…

—¡Hey!

La interrupción de Ross Maloney brotó alarmada, a la vez que cuatro siluetas de rostro cubierto por un pañuelo blanco, y que acababan de surgir del paseo, rodeaban el banco apuntando a la pareja con sendas pistolas automáticas.

Quedóse inmóvil Maloney porque a sus deseos de oponerse, se opuso la consciencia del peligro que corría Mina Van Bloeng, encañonada de cerca y en el rostro por dos de las pistolas automáticas.

—Al menor movimiento dispararemos —dijo uno de los individuos enmascarados.

Ross Maloney alzó los dos brazos verticalmente.

—¡Cáscaras! ¿Atracos por aquí? Regístreme el bolsillo izquierdo. Ahí llevo la moneda, amigo.

El mismo que había hablado dirigió sus palabras hacia Maloney a la vez que puntuaba cuanto decía con un manejo vertical de su pistola en corto trecho hacia arriba y hacia abajo.

—Procuren no olvidar lo que les voy a decir —hablaba un inglés perfecto —. Mañana, a las siete, en este mismo lugar, aguarden los dos. Alguien vendrá a hablarles…

—Pero, ¡qué demonios de idiotez es ésta! —estalló Maloney agachándose irreflexivamente.

No pudo ver la culata que desde su izquierda uno de los enmascarados dirigió brutalmente, empuñándola para reforzar el puñetazo que le asestó en plena sien…

El americano dobló la cabeza, y sus piernas se distendieron… No estaba totalmente desprovisto de sentido… Estaba como el boxeador que al acabar de recibir un potente directo, se halla al borde del «k. o.» en el semiinconsciente límite flotante del «groggy»…

Y oyó, como ensordecido por un silbido de vapor, la exclamación de Mina, Van Bloeng:

—¡Salvajes!… Si quieren dinero… yo…

—Cállese —atajaba la voz que parecía mandar el pequeño grupo de extraños atracadores—. Advierta a su novio que si mañana a las siete no están los dos aquí, usted irá a reunirse con su abuelo. Si avisan a la policía, el resultado será el mismo.

Sacudió varias veces la cabeza Maloney, sintiendo alrededor de su cuello un contacto fresco y satinado.

Abrió los ojos, mascullando furiosas incoherencias…

Pero estaba solo con Mina Van Bloeng, que le miró apenada…

—Se fueron. ¡Cuánto lo siento, Ross! ¿Le hicieron daño?

Ross Maloney, pasándose la mano por la sien que le martilleaba

dolorosamente, intentó reprimir la exasperación que sentía.

Púsose en pie, afianzando las piernas.

—Ya pasó. Fué un golpe de traidor, ¡condenado me vea! Pero, ¿qué demonios de misterios son esos? Si no fuera porque me han «sonado» y no ciente límite flotante del «groggy»… era imaginación el puñetazo, medio puño y medio culata, creería que esos cuatro tipos eran unos bromistas pesados, a la holandesa.

—Dijeron… dijeron que me matarían si mañana a las siete no veníamos aquí los dos. Y… que lo mismo pasaría si avisábamos a la policía.

Ross Maloney cogió su gorra de un manotazo. El gesto rabioso le hizo gemir brevemente, al repercutir en su sien recientemente golpeada.

—¿Esto eran también formalidades coloniales? Vámonos de aquí, hermana. Quizá en el «Hotel de las Indias» esas me darán algo que me despierte. Estoy totalmente atontado. No entiendo nada de nada, ni sé a qué se debe esta aparición de cuatro pañuelos blancos… Ni entiendo por qué nos han dejado ahora, citándonos para mañana… ¡El lío es mayúsculo!

Mina Van Bloeng tendió su brazo, enlazándose al del americano.

—Apóyese en mí. Andará mejor.

—No es para tanto. Me han «cascado», pero… ¡condenado sea yo!, si me voy de esta tierra tan hospitalaria sin antes haber abollado varias seseras. ¡Mañana vendré yo! ¡Vaya si vendré! Pero con mi ametrallador y si me atosiga mucho le diré que me atiborraré los bolsillos de dinamita para andar por ese romántico parque. ¡Qué tierra! ¡Un volcán que levanta olas de treinta metros! Un comisario que es un sapo inútil, dominado por el pegajoso violinista… Usted que parece no haber roto ni un plato… y se toma las cosas como si fueran naturales. Y esos cuatro… En fin, cierro el pico, porque me saldría de raíles. ¡Vamos a ver quién es su Antjol del diablo! ¿Qué formalidad nos destinará para divertirnos?…

Capítulo II

UNA SILUETA BORROSA…

Horler, el australiano, estaba apurando el resto de su doble «brandy» cuando John Smith entró en el bar del «Hotel de las Indias».

John Smith, el pequeño y sudoroso inglés, miró con indiferencia a su alrededor, sin demostrar que conocía muy bien a Horler y a Villiers.

Villiers, el francocanadiense, se asentaba en uno de los espaciosos sillones de mimbre, bebiendo leche helada. Llevaba un sombrero hongo, ridículo, hundido hasta las orejas. Tenía todo el aspecto de los traficantes en toda clase de negocios que pululan por las ciudades portuenses del Pacifico.

Horler, reclinado de espaldas contra la barra del mostrador, encendió un cigarrillo. Pensaba en John Smith, el intérprete, y pensaba de él que era demasiado inteligente, para ser tan sólo un mero comparsa.

Horler ostentaba en su larga y delgada faz unas líneas hondamente marcadas en dos arrugas que formaban un triángulo cuyo vértice empezaba en las aletas de la nariz y terminaba en las comisuras de los labios como base.

La huesuda contextura de su mandíbula y sus ojos de viva expresión contribuían a darle un aspecto enérgico, de hombre decidido a todo. Y así era, en efecto.

El bar era refrescado por el continuo movimiento de los grandes telones que en el techo se balanceaban barriendo de un lado a otro la pesada atmósfera.

Horler dió vuelta a su muñeca apartando el puño de la camisa para mirar su reloj de pulsera. Faltaban aún cuatro minutos para las ocho de la noche. Llevaba su reloj colocado en aquella posición, a veces incómoda, porque tenía una esfera luminosa y para un hombre cuya labor era principalmente nocturna y cautelosa, el estudio de los pequeños detalles era primordial, para conservarse el mayor tiempo posible con vida.

Hizo resbalar de nuevo el puño de su camisa, y al levantar los ojos vió entrar por la puerta de la calle a Silva.

El filipino imitó a los otros tres, en la fingida actitud de no conocerse. Aproximóse a la barra y encargó un jarabe de grosella con *seltz* helado.

El reloj de pared del mostrador señalaba las ocho y un minuto, cuando por la puerta de comunicación del vestíbulo del hotel con el bar, entró una pareja detonante por el contraste que entre ambos formaban.

Se sentaron en una de las mesas sobre la que un ventilador giraba esparciendo aire. Él era alto, cuadrado, macizo, y su corto cabello en cepillo era gris, mientras el bigote también cortado en hirsuto cepillo era

intensamente negro, revelando puerilmente el tinte.

Vestía una levita negra que lo hacía aún más rígido, y las gruesas piernas rellenaban el pantalón gris a rayas. El plastrón estaba abrochado con perlas negras.

Ella vestía un traje de noche de color carne, que por unos instantes daba la deliciosa sensación de que era una mujer desnuda, porque además de moldearla prietamente, tenía el mismo color que sus bronceados brazos y hombros.

Peinaba todos sus cabellos en alto, rematándolos en moño de brillante negrura laqueada. Y los cabellos tirantes desde las sienes, alzaban aún más sus cejas por el extremo opuesto al entrecejo, aumentando con ello la sensación exótica de unos ojos verdes…

Horler había pisado una vez una serpiente: tenía la misma mirada la víbora que la mujer que, en silencio, sentábase ahora junto al rígido y voluminoso holandés,

El resto del rostro femenino, la única mujer que había en el bar, era netamente isleño: altos pómulos, nariz achatada y gruesos labios, que entreabiertos dejaban ver los dientes rojos.

La costumbre de masticar betel, la raíz agria, era la causante del extraño color de sus dientes. Estéticamente, para un europeo era fea. Pero todos los blancos residentes en Wertreveden la deseaban porque era una estatua felina y salvaje.

Horler meditó unos instantes. ¿Edad? Tanto podía tener veinte años como treinta y cinco. No se podía darle edad a Armida Sukabumi…

Antjol Stadskerk tiró de sus pantalones que se le pegaban en las rodillas, y movió el grueso cuello dentro del dogal del almidón de su camisa.

«Falta tan sólo uno, para el completo» —meditó Horler, descontando por ajenos a lo que pensaba, a los dos camareros—. «Uno»… «La silueta borrosa», como muy bien había calificado John Smith al que daba las órdenes a los que en aquel instante, pareciendo no conocerse, eran los componentes de una asociación ilegal.

Hasta la misma Armida Sukabumi, al mantenerse en su silla un paso atrás del director gerente de la compañía Van Bloeng, parecía ser otro personaje que no quería tratos con los otros.

Cambiaba mucho el decorado, cuando estaban reunidos en el «bungalow», de las afueras de Weltreveden. Aquel «bungalow» tan propicio para toda clase de entrevistas, en medio de la foresta… Allí el único que seguía siendo un desconocido para los otros seis era la «silueta borrosa»…

Y Horler meditó que nada tenían de borrosas las dos siluetas que precedidas por un ceremonioso «maître» acababan de entrar en el bar.

Antjol Stadskerk se puso en pie, con mucha más agilidad de la que era de suponer en su corpachón macizo, y dobló la cintura, para decir en holandés:

—Profundo y sincero pésame, señorita. «Mynheer» Julius fué para mí, más que un jefe, un amigo.

—Espero que seamos también amigos, Stadskerk —replicó ella en inglés, y señalando al que la acompañaba presentó—: *Mister* Ross Maloney.

El holandés adelantó su ancha mano, volviendo a doblar la cintura. Maloney juzgó por el apretón que Antjol Stadskerk poseía músculos y, carne compacta, sin átomo de grasas.

Al sentarse los tres, Armida Sukabumi extrajo de una carpeta-bolso un lápiz cuyos dos extremos estaban afiladísimos, y extendió sobre la pierna que cabalgaba la otra, un bloc.

—Mi secretaria —dijo lacónicamente el gerente, sin mirar a la aludida.

Mina hizo un leve ademán con la cabeza a modo de saludo, pero la javanesa continuó erguida, con la vista mirando a lo lejos.

Pero mantenía el lápiz en posición de espera, como alguien que aguarda un dictado.

Ross Maloney pasóse la mano por el pómulo derecho. Notaba la hinchazón y le molestaba que el golpe reciente en la sien hubiese también ennegrecido su ojo, dándole el aspecto de un marinero camorrista.

Pero había prometido por súplica de Mina no decir nada a nadie de la absurda presentación de los cuatro hombres del pañuelo blanco.

Horler, el australiano, miró por un segundo a Villiers, el francocanadiense, el autor del culatazo recibido por el grandullón del cabello rojo.

Pero Villiers leía un periódico atrasado, calado el hongo, que nunca se quitaba porque le ocultaba las repugnantes cicatrices del mondo cráneo quemado por las llamas de una viga que le cayó en pedazos en el año 17, en una casucha medio derruida por el continuo fuego de la artillería francesa.

Silva leía una novela de amores, sentado en el taburete. John Smith conversaba en javanés con el camarero para practicarse en su aparente profesión de intérprete.

Antjol Stadskerk era netamente holandés. Por eso consideró íntimamente desplazada la frase de Mina Van Bloeng.

—No solicité la presencia de la señorita Sukabumi como secretaria suya, Stadskerk.

—Entiende perfectamente el inglés, y es una excelente taquígrafa —expuso el gerente con tiesura, como si le reprochasen no saber elegir su personal.

—No me ha comprendido, Stadskerk. Podemos hablar con entera franqueza delante de *mister* Maloney, porque es amigo de mi completa confianza.

—Por mí no se molesten —dijo Maloney, depositando sobre la mesa el vaso que contenía una mezcla de jarabe de naranjas y *seltz*—. Si prefieren hablar en holandés, dará lo mismo. No se anden con escrúpulos por lo que a mí se refiere.

Armida Sukabumi posó fugazmente sus ojos en el semblante del joven marino. Ross Maloney carecía de imaginación, y, sin embargo, sintió algo

semejante a un escalofrío… No pudo evitar el quedarse mirando con asombro a la extraña javanesa. Pero Armida Sukabumi volvía a ser una estatua con indiferencia de ídolo venerado.

—*Mister* Maloney es hombre franco y espontáneo, Stadskerk —explicó Mina, pero habló en inglés—. Aludí antes a la señorita Sukabumi, en el sentido de que consideré necesaria su presencia ya que por la muerte de Julius Van Bloeng, ella tiene un derecho adquirido a estar presente a la lectura del testamento, del que, según creo, posee usted una copia.

Armida Sukabumi extrajo de la carpeta-bolsa un sobre que colocó en la ancha palma de Stadskerk, que, sin mirarla ni volverse, mantenía extendido el grueso brazo hercúleo.

—Leeré la copia si me da autorización, señorita —dijo el gerente.

Y al mudo ademán de asentimiento de Mina Van Bloeng leyó con entonación engolada y en holandés, después de cerciorarse de que la mesa había también sabido elegirla perfectamente, en una esquina y alejada de todo oído, como no fuera los que rodeábanle.

> «Yo, Julius Van Bloeng, en la actualidad sano de juicio y con plena libertad, y controlada mi firma por triplicado al pie de mi testamento, decido hacer una partición irrevocable de mis bienes.
>
> »La entera totalidad de cuanto poseo pasará a ser propiedad de Hilda Van Bloeng, mi hija, y a su muerte, propiedad de Karl Van Bloeng y Guillermina Van Bloeng, mis nietos.
>
> »Impongo las siguientes cláusulas Toda inversión será controlada por Antjol Stadskerk, al cual dejo legatario con plena autoridad para impedir que los bienes objeto de este testamento sean dilapidados o empleados en inversiones improcedentes.
>
> »A la muerte de Antjol Stadskerk, le sucederá en esta misión, y con sus mismas atribuciones, Armida Sukabumi.»

Recuperó Antjol Stadskerk su voz normal para añadir en inglés:

—Cualquier aclaración que precise, estoy a sus órdenes.

Mina Van Bloeng tenía un cutis lechoso, pero ahora sendas rosetas sonrosaban sus mejillas.

—Le felicito, Stadskerk, por ser usted el heredero de mi abuelo.

El holandés volvió a colocar parsimoniosamente la copia del testamento en el interior del sobre. Su agilidad mental era escasa, pese a su gran inteligencia de comerciante…

—En resumidas cuentas —añadió Mina—, cuando quiera comprarme un par de medias de seda tendré que pedirle su opinión, Stadskerk. ¿De qué color las prefiere? ¿Grises o «Rachel»?

Ross Maloney opinó para su fuero interno que, aunque hablasen inglés, los holandeses eran a veces incomprensibles… No se había enterado

absolutamente de nada cuanto había leído Antjol, aparte de los apellidos. Y por eso, tampoco podía entender el significado de las irónicas preguntas de Mina Van Bloeng.

—Buenas noches, señorita, señor, capitán, Armida.

El saludo colectivo, emitido en suaves cadencias, hizo que Ross Maloney volviera la cabeza, aunque ya había reconocido la voz de Wynberg Daendels, quien a una señal, de la holandesa se sentó junto a ella, y al lado de Ross Maloney,

—Oportunísima su llegada, Daendels —dijo riendo Mina. Pero era una risa mordiente, áspera.

—Siempre a estas horas vengo al bar. Es mi sitio predilecto. Si interrumpo alguna conversación privada o negocial me retiraré inmediatamente.

Horler, el único observador de la sala, tuvo un pensamiento absurdo. Algo indefinible. Estaba, pensando que la «silueta borrosa» se hallaba presente. No podían ser Silva, John Smith ni Villiers, ya que los tres estaban junto a él cuando en el «bungalow» de la selva la «silueta borrosa» les había ordenado distintas misiones.

Era un extraño proceso sin base lógica, pero Horler hacía a veces caso de sus absurdos pensamientos, cuanto más absurdos fueran. Y creía en el «climax», esta sensación solamente perceptible para los que como él, tenían un sistema nervioso muy en resonancia con efluvios indefinibles.

¿Por qué Wynberg Daendels llevaba perlas negras? También las llevaban Armada Sukabumi, y Antjol Stadskerk… Una piedra muy barata en el mercado interior de Sumatra…

—Muy al contrario, Daendels. Dije que era usted oportunismo, porque como adjunto de policía, tiene usted que ser un hábil detective, como los de estas historietas inglesas.

La impasibilidad de estatua de la javanesa armonizaba con la imperturbable solidez estólida de Stadskerk. Ross Maloney se desabrochó dos botones de la guerrera. No tenía un sistema nervioso de cerebral, y, sin embargo, no estaba a gusto…

—Algún que otro criminal me maldijo —sonrió Daendels.

—Procuraré no maldecirle si algún día descubre que yo he dado muerte a este caballero y a su secretaria.

Iba Maloney a reír para disipar el extraño silencio que siguió a la frase que él juzgaba una broma algo imbécil, pero la seriedad de todos los semblantes le impuso como si el hielo de las cubetas conteniendo las bebidas, resbalase por su columna vertebral.

—Le anticiparé los móviles —dijo Mina, prosiguiendo en el uso de la palabra—. Creyendo ser la legítima heredera de un Van Bloeng, averiguo que los reales herederos son, primero ese asalariado y en segundo lugar esa bastarda. ¡Buenas noches! No me acompañe, Ross.

Mina Van Bloeng salió a pasos precipitados. Ross Maloney emitió un

bufido con el que exhalaba todo su profundo asombro.

Antjol Stadskerk se puso en pie, imitado por la javanesa. Saludó con dos inclinaciones de busto, y también abandonó el bar.

Las flexibles caderas ampulosas de Armida Sukabumi parecieron fascinar a Silva, el filipino, que dejó por unos instantes la lectura de los desdichados amores originales de una institutriz galanteada por un barón apuesto…

—¡Cáscaras! —rezongó Maloney—. Me parece que si sigo cuatro días más en esta tierra, estrenaré una camisa de fuerza. ¿Qué diablos significa todo eso?

Introdujo la mano en una cubeta y sacando un voluminoso pedazo de hielo lo fué frotándose la frente y el pómulo hinchado bajo el ojo cercado de un semicírculo amoratado.

Villiers se levantó, echó una moneda sobre la mesa encima del periódico doblado, y salió a la calle.

—Mi deber como policía, capitán Maloney, es aclarar cualquier duda que se le presente a un visitante.

—Tanta amabilidad me confunde, Daendels —replicó Maloney entre cuyo puño el hielo iba goteándole por el rostro—. No se irrite mucho si le digo que no me fío de usted.

Wynberg Daendels rió con simpática expresión.

—Acaba usted de enseñarme un chiste americano, capitán. Lograr las risas por la paradoja.

—Eso de la paradoja supongo que será algún término intelectual.

—La paradoja de su frase, capitán, reside en que generalmente los que desconfían de los desconocidos son los policías. Entiéndame. Aludo al hecho de que nos pagan un sueldo para desconfiar continuamente.

—Yo, gratis, desconfío de usted. Su amabilidad es la misma del gato que acaricia a un ratón atontado, preparando el zarpazo para cuando el bicho se confíe.

Wynberg Daendels se le antojaba a Maloney muy propio para ser retratado en una revista de modas, y a la vez en una revista de celebridades musicales.

Pero para el americano, acostumbrado a la lucha abierta, el policía resultaba ser un fenómeno temible…

—Muchos son los apodos que los chinos colocan a los que somos de raza blanca. Pero nunca podrán calificarle de «ratón», capitán. Déjeme estudiarle por unos segundos…

Maloney cogió otro trozo de hielo. Quería irse porque temía que si hablaba comprometiese a Mina Van Bloeng, y por otro lado se rebelaba a demostrar con una retirada que él en peleas verbales no era ducho.

—Eso es —añadió pensativamente Daendels, después que sus soñadores ojos hubieron recorrido a Maloney—. Rostro endurecido, de joven batallador… Rojo cabello de impetuoso carácter. Flacura engañosa, porque sus caderas son estrechas y sus hombros anchos, y sus piernas larguísimas.

Peleando me gustaría verle, capitán. Si fuese chino quizá le apodase con algún sinónimo de fiera… Esas fieras que luchan, no porque son malas, sino porque tienen que pelear por instinto… o por defensa.

—Desembuche —dijo secamente Maloney—. Sí, hombre; ya estoy harto de cuanto me ocurre desde que he puesto el pie en esta tierra de locos. A mí me atosiga el que me anden con florituras. Y es floritura su rodeo en busca de una fiera. Aquí no hay más fieras que muchos holandeses sueltos por esos mares y esas islas.

—¿Julius Van Bloeng, por ejemplo?

—A los muertos los dejo en paz. Hablemos de los vivos. Usted es muy vivo, Daendels. ¡Cáscaras! ¡Escupa ya! ¿Con qué fiera me compara?

—Si tiene mucho interés en saberlo, puedo confesarle que me da la impresión de un leopardo o una pantera.

—Cartas boca arriba. ¿Sabe quién soy, no?

—Simplemente he hablado con alguno de los marineros que tripulan su velero. Usted les dijo que nosotros éramos amigos suyos… Y a lo mejor yo deseo su amistad, capitán Maloney.

—¿Para sonsacarme cuentos, no?

—Sonsacar significaría que usted tiene la intención de conservar secreto algo que yo quiera preguntarle. Por ejemplo, ¿no, le chocó que *miss* Van Bloeng emplease dos términos insultantes al referirse a Armida Sukabumi y a Antjol Stadskerk?

—Supongo que todo era broma… aunque las dos palabritas estaban muy bien elegidas para ofender a cualquiera.

— Stadskerk es un asalariado y Armida una bastarda.

—Pero son cosas que no se echan en cara.

—Armida es hija de Julius Van Bloeng. Hija ilegítima, naturalmente.

—Eso de que se pinte los dientes de colorete es lo único que yo le reprocho. Pero haga el favor de no divagar…

—Es el clima. Invita a tenderse y ser abanicado por una hermosa indígena como Aneada. Pero infortunadamente Armada es lo peor que puede ser una indígena. Es culta, y ha recibido una esmerada educación. Prefiero un noble bruto —y Daendels hizo una pausa dedicando una amable sonrisa a Maloney que le miró de reojo— a una víbora que hable cinco idiomas.

—Los ojos verdes son… ¡Cáscaras! No he venido para oírle decir tonterías.

—Tampoco quiero yo escucharlas cuando hago preguntas, capitán. ¿Chocó usted con una puerta?

Y el meñique manicurado del holandés, destelló con el diamante, al señalar el pómulo derecho de Maloney. Éste apretó los labios…

El silencio se prolongó varios segundos, durante los cuales abandonó el bar el filipino Silva, enfrascado en su lectura.

John Smith pasó al vestíbulo del hotel… Tan sólo quedó el australiano Horler.

—Su mutismo quizá quiere indicarme con elegancia, que prefiere no contestar tonterías, capitán Maloney.

El australiano había cambiado de lugar. Se sentó en una mesa, distante un corto trecho de la ocupada por Daendels y el americano.

—Le haré otra pregunta, *mister* Maloney. ¿Usted aprecia a *miss* Bloeng?

—Es una buena chica, más lista que una ardilla, y a ratos hasta me da la impresión de que ella sola sería capaz de dirigir cuatro compañías navieras, cuatro mercados y cuatro perfumerías a la vez.

—Tiene predilección por la cifra cuatro —dijo Lerdamente Daendels—. ¿Le recuerda gratos amoríos o miles de dólares?

—A preguntas necias —empezó a decir Maloney.

—Oídos sordos, Horler —terminó inesperadamente Daendels, dirigiendo la mirada de sus soñadores ojos al australiano.

Horler levantóse, y como si la frase no hubiese sido dirigida a él, salió a la calle.

Ross Maloney, se cruzó de brazos.

—¿A qué viene eso de Horler?

—Era el caballero que estaba escuchándonos. Y que obedeciendo mi gentil indicación nos ha dejado solos. Ahora podremos hablar con claridad, Maloney —y de pronto la voz siempre amable sonó metálica y acerada—. Sus piratas redimidos no bajarán a tierra. La primera arma de fuego que usted exhiba, será la llave que le abrirá la puerta de un calabozo de la comisaría de Weltreveden. La primera mandíbula que usted rompa, le costará cara.

—Usted es un policía, Daendels. Pero a veces será simplemente un hombre, ¿no? Si lo atizan en el hocico, ¿qué hará usted? ¿Pedirá un violín para deleitar a su agresor tocándole el «Vals de las Olas» ?

—Las agresiones pueden repelerse —y el tono de Daendels volvió a ser amable—. Admítame un consejo, Maloney. Los americanos tienen frases muy expresivas. Viví un par de años en Chicago… «Escurra el bulto», le aconsejaría uno de su patria. Sé que Mina le ha ofrecido un empleo… No lo acepte. Váyase.

—¿Orden o sugerencia?

—Por ahora sugerencia.

—¿Motivos de su sugerencia?

—Podré equivocarme, Maloney, pero usted no es hombre que repite lo que le dicen privadamente. Sé muchas cosas, demasiadas cosas… Me impiden, a veces, dormir, como le ocurre al escritor que teniendo un buen argumento, carece de la pieza esencial para solucionar el enigma. Doy vueltas en la cama, adormilado y de pronto me despierto… Acabo de ver una «silueta borrosa»… que va adquiriendo forma… Pero amanece, despierto, y no recuerdo lo que en el estado de semivigilia había visto…

—Ahora hábleme en tártaro.

—Quiere indicarme que no me ha entendido. Procuraré poner las cosas a su alcance. Si Stadskerk muere a manos de Mina, no me importa. Si Armida

mata a Stadskerk, tampoco me quitará el sueño. Si Mina mata a la javanesa, no por eso me revolveré impaciente en mi cama.

—Usted tiene cara de listo, y no creo que sea para disimular. Por lo tanto no hará caso de frases tontas de Mina…

—El testamento de Julius Van Bloeng nombra herederos a Karl y Mina. Pero añade una pequeña disposición, muy demostrativa del carácter de Julius. Ni Karl ni Mina podrán gastar un solo céntimo sin pedir la autorización de Stadskerk, o al menos explicárselo. Y esto durará hasta que muera el coloso rebosante de salud. Y cuando muera, Armida será la que le sustituirá en tan ingrato papel. ¿Comprende ahora que Mina no bromeaba?

—Los que piensan matar nunca avisan a sus víctimas.

—Los asesinos torpes no. Pero los inteligentes sí. Y Mina es superlativamente maquiavélica.

—Decía usted que todo esto no le quitaría el sueño. Entonces dormirá usted siempre a gusto.

—No. Hace mucho tiempo que tengo seis dedos de mis dos manos con un nombre escrito en ellos. Pero me falta otro nombre en el séptimo dedo. Y ese es el que quiero. Sin éste, los demás no me interesan. Le cuento todo eso, Maloney, porque luchar con piratas requiere valentía y decisión. Luchar con «Las siete perlas» agota, y a veces, como ahora, me gusta verter confidencias en el oído de un hombre como usted.

—¿Qué son esas siete perlas?

—Cuatro de ellas son los responsables de su ojo y su sien levemente abultados.

Ross Maloney pegó un puñetazo encima de la mesa. Las cubetas repitieron el eco sonoro…

—¿Usted no me coloca la camisa de fuerza, Daendels del demonio? No quiero creer que se han confabulado en toda esta isla, para hacerme ver fantasmas, y atizarme sorpresas a cada paso… ¿Cómo sabe usted que yo… que en fin…?

—Yo estaba a escasa distancia del seto de donde surgieron los cuatro individuos con el rostro cubierto por un pañuelo blanco. Usted ahora se calla, porque obedece ingenuamente la orden. Teme que el hablar le costará la vida a Mina, a Karl o a la esposa de éste. ¿No piensa en la suya, amigo yanqui? Sin saberlo, está usted cogido en un engranaje siniestro. La batida de las siete perlas terminará por quitarle de en medio si persiste en seguir siendo el perrito faldero de Mina. Váyase. No añada un estorbo más a mi labor.

—Valiente polizonte es usted… —rezongó Maloney completamente desconcertado—. Ve que cuatro sujetos atacan a una muchacha y a un pacífico súbdito americano, y se queda usted tan tranquilo. Y ahora viene a tocarme una serenata misteriosa…

—Bien calificado. La serenata misteriosa… —dijo Daendels entornando los ojos—. Java es inquietante, Maloney. Destila aromas pestilenciales mezclándolos al perfume lascivo de las orquídeas. Los cerebros están aquí a

presión. Gente que en otros sitios han sido simplemente traficantes en cocaína y opio, ladrones internacionales, tratantes de blancas… aquí se alían y forman una poderosa unión. Pero ellos son pececillos. ¿Quién los dirige? Una «silueta borrosa» que obedece mandatos de una potencia europea muy especializada en prevenir guerras y hacerlas estallar a su debido tiempo. Espionaje… ¿Sabe lo que es esto?

—Escuchar tras las puertas y contarle al vecino lo oído.

—Sí. Para un ingenuo yanqui, eso es. Pero si el vecino es una nación bélica y batalladora en todos los terrenos, el que escucha tras la puerta, sea un holandés o sea un filipino, resulta altamente peligroso. Pero si se encierra al holandés y al filipino, vendrán otros a sustituirlos. Ellos ignoran quién es el agente de la potencia rectora. Ese agente cuya silueta no he podido aún dibujar.

—Se calienta usted los cascos, amigo. La una isla como ésta, ¿qué nueces pueden hacer los espías? ¿Recoger orquídeas para el *Kaiser*?

El *Kaiser*, ya no manda en Alemania. Esta isla no la conoce usted bien, Maloney. Tiene algo muy sucio, que sale del vientre de la tierra, como un excremento y que suscita la codicia de todas las naciones. Petróleo.

Un camarero se acercó tendiendo en una bandeja un sobre cerrado.

—Lo dejaron encima del mostrador. No sé quién fué, porque sólo ahora lo he visto. Perdóneme, *mister* Daendels.

Rasgó el sobre el adjunto de policía, leyendo. Dobló el papel.

—Gracias, *Boy*. Puedes irte.

Ross Maloney se sirvió un vaso lleno de *seltz*.

—Además, Java es una isla, ¿no lo sabía, señor capitán mercante? Una excelente base para salida y suministro de barcos… Excúseme, pero tengo una cita. Si quiere venir conmigo, verá prácticamente un caso patente de la morbosidad de esta tierra.

Levantóse Daendels arrojando sobre la mesa dos monedas.

—Depende de adonde vaya —dijo Maloney levantándose.

—A la habitación número doce del hotel. Creo que han matado a Antjol Stadskerk.

CAPÍTULO III

LA LOCURA DE LA SELVA

Ross Maloney siguió los pasos de Daendels, como un autómata. Sintió en su mano un roce, y estrujó el papel que acababa de entregarle el holandés, colocándose a su lado.

—Lea. Es instructivo.

—Lo negro me estorba, además quiero ir a dormir. A ver si mañana me despierto, y comprendo que todo eso no es más que una pesadilla de cuentos infernales.

Devolvió el papel a Daendels que, mientras subían las escaleras, leyó:

> «Tu labor nos es precisa, Wynberg Daendels. La muerte de Antjol Stadskerk debes investigarla. Te será fácil y añadirás un nuevo lauro a tu corona de éxitos. Hasta que depositemos una corona de dalias en tu tumba.»

—¿Quién firma? —preguntó Daendels colocándose el papel en el bolsillo—. No hay más que una franja de siete puntos gruesos en negro. Podrían ser siete perlas negras, ¿verdad?

—Como la que lleva en la corbata. Ahora cuéntame uno de risa.

Se detuvo Daendels en el ancho pasillo, en el que varias puertas cerradas formaban blancos rectángulos en las paredes con ventiladores.

—La risa me la produce el estilo ampuloso de este anónimo. Afán de melodrama. Genio morboso de un cerebro complicado… Más complicado que el mío.

—Si hay un fiambre en la habitación doce, aquel es el número doce. Siga hablando, y, cuando entre, el fiambre estará convertido ya en un esqueleto roído por los gusanos.

Daendels tocó en la puerta señalada con el número doce. Pasaron unos instantes y Ross Maloney imprecó en voz baja contra el «aroma morboso de la maldita isla», porque sentíase intranquilo…

Abrióse la puerta con cierta lentitud y Armida Sukabumi se enmarcó en el espacio abierto.

—Buenas noches, Armida.

—Antjol no recibe.

Tres palabras… Tres sonidos silbantes por entre unos dientes rojos y una pulpa carnosa, casi glotona…

—Sabes quién soy, Armida —dijo pacientemente Daendels—. Tengo

derecho a visitar a quien sea…

Antjol Stadskerk en mangas de camisa, libre el cuello de toro, y secándose el rostro con una toalla, sustituyó a la javanesa.

—¿Desea?

—Darle a leer esto —dijo sin desconcertarse Daendels.

Ross Maloney empezó a reír conteniendo el ruido que se escapaba por entre sus labios.

El gerente de la «Van Bloeng» leyó impasible el mensaje anónimo. Lo devolvió a Daendels, y continuó secándose el rostro.

—¿Algo más, Daendels? Buenas noches.

La puerta se cerró, y entonces Maloney dejó escapar libremente su carcajada. Wynberg Daendels le contempló fruncido el ceño.

—Eso ha estado muy bueno. Sherlock Holmes va en busca del cadáver. El cadáver estaba lavándose la jeta, y no comprende que su obligación era morirse para darle una satisfacción a Sherlock.

—Yo no pienso reírme cuando le entierren, Maloney.

—Tampoco yo, si le echan paletadas por encima. Escuche, Daendels. Ya está bien de tanto misterio sin motivo.

—¿No le duele ya, la sien ni el ojo?

—¡Cáscaras! Aquello sí que fué algo raro… Bueno, usted ya sabe.

—Sé que mañana a las siete está usted citado, pero si me hace caso quédese a bordo, y dé orden a sus piratas de que pongan proa hacia otros lugares.

—Hasta ahora he sido paciente y buen muchacho, polizonte. Lo seguiré siendo hasta mañana a las nueve después de desayunar. Porque ahora tengo sueño. Cenaré algo ligero, y me zambulliré en la cama.

—Pídale consejo a la almohada.

Bajaban ya los primeros peldaños, y Maloney se detuvo.

Apoyó su índice en el pecho del impecable adjunto holandés.

—Abra los pámpanos, hermano. Puede meterme en la cárcel cuando quiera. Le iré explicando lo que ocurrirá. Hasta ahora he sido el ratón con el cual juegan gatos y gatas. Mañana al primer gato que me venga con misterios le daré un zarpazo cordial.

—La pantera reclama carne fresca…

—¡Qué pantera ni qué pedazo de queso! Lo que yo reclamo es el derecho a que no me encierren en una casa de Napoleones.

—Váyase.

—Mina Van Bloeng me ofrece un cargo importante, de honesto mercader. Perdí dinero en la isla de Pettigrew.

—En esta isla perderá la piel. ¡Me exaspera usted! —y por vez primera el sinuoso y flemático Daendels perdió el dominio de sus bien templados nervios —. ¿No comprende que no sé dónde encajarle? ¿No comprende que no entiendo la razón por la cual las cuatro perlas le han citado para mañana a las siete?

—Como yo tampoco lo comprendo y soy el principal interesado, por esa razón es por la que me quedo en Java, hasta haberme quitado un peso de encima.

Y Ross Maloney indicó su propio pómulo hinchado.

—Usted siga haciendo cábalas. Siga viendo cadáveres. Siga soplando frases de doble sentido. Vea misterios por todas partes, que yo…

Fué un ruido seco, como el taponazo de una botella de espumoso. Pero si sonó así, fué porque estalló en el interior de una habitación.

Ross Maloney pegó un taconazo en el suelo. Wynberg Daendels desandó lo andando, entrando en el pasillo.

Varios camareros subían las escaleras, levemente entorpecidos por la larga falda blanca de su uniforme javanés-europeo.

Semejaban efebos asustados perseguidos por un maestro irritado.

—¡Atrás vosotros! —gritó Daendels—. Os llamaré si os necesito.

—Fué un disparo —dijo Maloney andando al lado de Daendels.

—No. Fué un sueño. Una de mis frases de doble sentido.

La puerta de la habitación número doce se abrió, y andando lentamente, hierática, Armida Sukabumi avanzó hacia el detective y el marino.

Ross Maloney se precipitó a su encuentro, recibiéndola entre sus brazos, y mascullando en el colmo de la indignación:

—¡Vaya a por el que disparó, condenado sea! Y estos mozos que me quiten a esta señora de los brazos.

Armida Sukabumi, velados los verdes y glaucos destellos de sus ojos venenosos por los párpados de largas pestañas, fué sostenida por tres de los camareros.

Ross Maloney antes de correr en pos de Daendels que ya había entrado en la habitación número doce, vió de nuevo la mancha de sangre que iba extendiéndose por el escote del vestido de noche…

Las pantallas rojas diseminaban en el interior de la habitación una penumbra sonrosada, y, al fondo, la ventana abierta sobre la terraza formaba un rectángulo en el que dos siluetas inmóviles volvían las espaldas a la habitación.

Aproximóse Ross Maloney, y en su expectación, creyó estar escuchando una conversación trivial en tonos moderados, aunque en idioma pleno de guturalidades, incomprensibles para él.

Antjol Stadskerk señaló una vez a su izquierda en la larga terraza de aquel primer piso. Quedóse en pie, sin moverse, mientras Daendels dirigíase al lugar señalado, donde la luz que salía por la ventana abierta de otra habitación, enmarcó su figura.

Envuelta en un peinador cuyo fino tejido la transparentaba, Mina Van Bloeng conversó unos instantes con el adjunto de policía.

Ross Maloney retrocedió y salió al corredor. Varios camareros cuchicheaban entre sí, pero Armida Sukabumi no estaba allí.

Iba Maloney a descender en demanda de noticias, pero cambió de idea.

Subió las escaleras que conducían al segundo piso, y abrió la puerta de la habitación veintitrés, que era la que le había sido reservada.

Quitóse la guerrera y la camisa, y entrando en el cuarto de baño, estuvo un largo rato bajo el chorro helado de la ducha, cuyo sistema de frigorificación le deleitó.

Una vez se hubo secado, revistió tan sólo su pantalón azul, y pies desnudos, fué a pulsar el timbre de llamada a la servidumbre.

Después de unos toques en la puerta, entró un javanés de blanca chaqueta y negra falda. Sus pies desnudos no hacían ruido al avanzar por la habitación, hacia el qué desde una silla de mimbre, le hizo señal de acercarse.

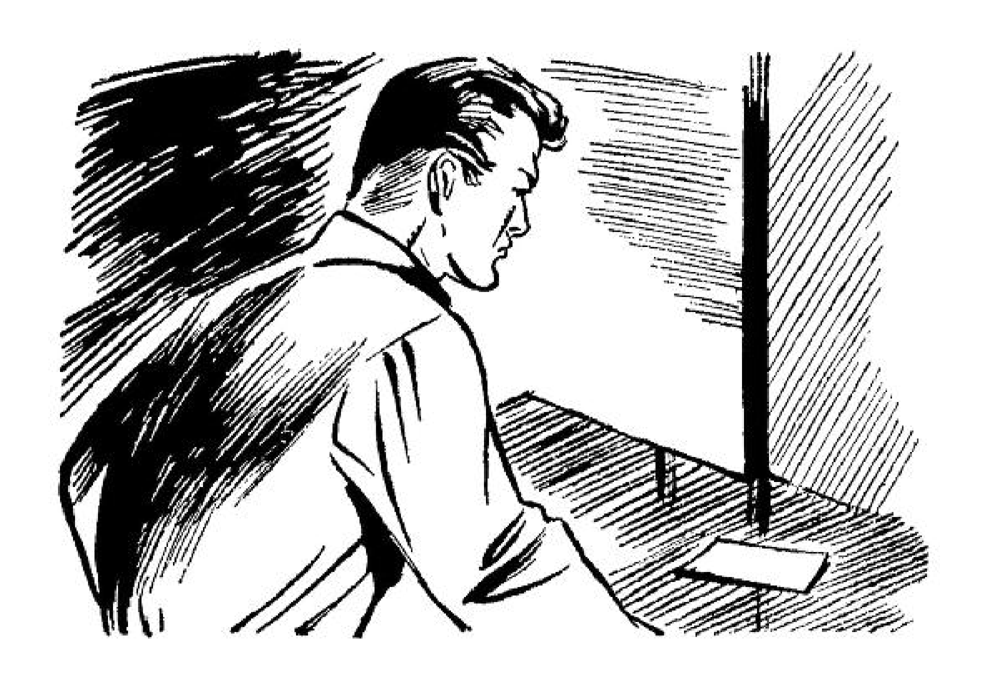
—Algo que sea refrescante para cenar, muchacho.

—¿Corazón de palmera, señor? ¿Mangostanes, señor?…

—Pescado, mucha fruta y leche.

Cenó esperando a cada momento ver aparecer la atildada figura de Wynberg Daendels; pero después de media hora, seguía esperando inútilmente.

Dirigióse a la cama, rodeada por la gasa del mosquitero, cerró las luces, y pulsó todos los contactos que hicieron girar los ventiladores que poblaron la oscuridad con su leve zumbido.



Se destacaba contra el brillante suelo de pavimento grisáceo, un sobre blanco…

Despertó porque sentía sobre sus párpados una hiriente claridad. A través de la ventana abierta, el sol doraba ya los contornos del mobiliario.

Volvió a ducharse, y terminaba de vestirse, cuando se dió cuenta de que a

un metro de distancia de la rendija inferior de la puerta cerrada, se destacaba contra el brillante suelo de pavimento grisáceo, un sobre blanco.

Había sido, pues, deslizado mientras estaba bajo el chorro de agua. Abrió la puerta, pero el corredor estaba desierto…

El sobre contenía una cartulina, donde con afiligranada letra Wynberg Daendels había escrito:

> «El hombre que no posee curiosidad nunca serviría para adivinar las ocultas razones que, a modo de los invisibles hilos de marionetas, hacen actuar a la Humanidad. Las más bellas flores de Java nacen de un pútrido cenagal de corrupción vegetal. Pero eso son divagaciones. Si persiste en permanecer en Weltreveden, intente entablar relación con cuatro caballeros que llevan un pañuelo de seda de color blanco en el bolsillo. El francocanadiense Villiers, el filipino Silva, el inglés John Smith y el australiano Horler. Cada uno a su modo, domina peculiares sistemas para decidir las discusiones peligrosas a su favor. Villiers emplea cachiporras de goma; Silva, un corto puñal en su antebrazo en funda ingeniosa, que le permite simular el gesto del hombre que estira la manga de su camisa. Smith creo que debe usar automática. Horler domina el traidor arte del boxeo francés. Hable con ellos. Quizá le dirán algo curioso. Si para ellos observé una actitud de ceguera voluntaria, ¿por qué no hacer lo mismo con usted? Cualquiera de ellos saldrá a su encuentro si comete usted la imprudencia de rondar por un «bungalow» situado en la colina de Lembang, al sudoeste y a dos millas de Weltreveden.
>
> »Adiós, o hasta la vista.
>
> *Wynberg Daendels*
>
> »P. D.— ¿Quién disparó? Una silueta borrosa. ¿Por qué disparó contra la javanesa? Otro enigma más. Desgraciadamente, Armida Sukabumi no sufrió más que un desmayo improcedente. El plomo se alojó sin más daños en su espléndida anatomía, y seguramente andará por el solitario «bungalow» de Lembang, reposando un par de días de sus funciones de secretaria confidencial e íntima de Antjol Stadskerk.»

En el reverso de la cartulina mucho más abajo que la postdata, unas letras de trazo grueso, pero de la misma caligrafía, advertían:

> «Si va a Lembang sabrá lo que es la locura de la selva. Convierte a los seres humanos modernos en primitivos…»

***

Apenas eran las seis de la mañana. Bajo la opaca bóveda de las palmas, de las arenas, de los árboles del pan y de los «waringins», Weltreveden se despertaba poco a poco al renovar de las cosas matinales: cantos de gallos vocingleros, balidos, inarmónicas disonancias…

Ross Maloney atravesó el parque que contorneaba el «Hotel de las Indias» y sus dos calles adyacentes, tomando por punto de destino la colina boscosa que el «maître» del hotel habíale indicado; era Lembang.

Pasado el parque, una carretera tenía un poste con la palabra «Bandong, 24 kilómetros», y a lo largo de la ruta, naturales de la isla marchaban a cortos pasos, encorvados bajo la pértiga de bambú, que soportaba en sus extremos voluminosos fardos…

Las mujeres, derecho el torso, apretado el pecho por el «sarong» descolorido por innumerables lavados, andaban con esa gracia extrañamente voluptuosa de las anatomías fuertes y libres de trabas…

Coronados por ligera bruma matinal veíase, por doquier, el tablero en gradería de los arrozales, irrigados por miles de arroyuelos que a trechos quebrábanse en pequeñas cascadas…

Era un espectáculo magnífico, pero inexistente para Maloney, que a largos pasos dirigíase hacia la colina. No se veía edificio alguno en aquel cono de lujuriosa vegetación compacta.

Tuvo que abandonar la carretera e internarse por un ancho sendero, que pronto fué estrechándose. Y de pronto tuvo la perfecta sensación de que se hallaba en plena selva, como si estuviera en el centro del Amazonas.

Sin embargo, a escasa distancia, tras él había dejado la carretera por la que andaban seres humanos, y más allá, apenas a una distancia superior a las dos millas, estaba la ciudad de Weltreveden, con sus blancos edificios modernos y sus hoteles cosmopolitas.

Pero en su sensación alentaba un ancestral remanente del hombre rodeado por una silenciosa vegetación. Nacía el dormido sentido de la intimidación y desorientación que influye en el ánimo, haciendo experimentar la necesidad de hablar, de gritar, de silbar, de aturdirse para escapar a una opresión.

Porque ruido, luz, movimiento, todo se había detenido no sabía por qué razón, bajo aquellas frondosidades con compactos matorrales entre los que las lianas mecíanse a veces con movimientos de vida propia.

Parecía como si la vida se hubiese detenido instantáneamente, por respeto o terror. Ningún animal, ni canto, ni onda sonora, salvo, por instantes, la modulación temerosa de un pajarito, siempre el mismo, desgranando sus tres notas de rama en rama.

Era un derroche de vegetación bajo las bóvedas sombrías. Del fecundo *humus* incesantemente renovado por la putrefacción de las raíces y las hojas, surgían a intervalos de dos o tres metros, troncos centenarios, en cuyo hueco la temperatura de estufa hacía que se abrieran, en haces y ramilletes, extrañas

orquídeas, con excrecencias leprosas de color ocre y cobalto, de formas extravagantes y desorientadoras.

Helechos arborescentes, altos como palmeras, entrelazaban sus filigranas por encima de los pilares de catedral que formaban los nopales y sus retoños en forma de capiteles.

A modo de techo continuo, había montones amazacotados de plantas parásitas, suspendidas de lianas… Algunas oscilaban a modo de lámpara de santuario.

Y siempre, bajo esos arcos y esas columnatas, una lluvia de rocío cae gota a gota, que aun no ha acabado de beberla el suelo, cuando ya es exhalada en forma de vapor tibio y penetrante.

Vibraban las aletas de la nariz del joven americano, por cuyas venas corría un calor que nunca había experimentado y que no sabía explicarse. Seguía avanzando, en busca del «bungalow», y por instantes tenía la idea de que se había extraviado en aquel laberinto, a través del que muchas veces tenía que abrirse paso, desgarrando grandes hojas y quebrando tallos.

Y repentinamente ante él surgió una visión que acentuó el calor de sus pulsaciones.

La selva parecía abrazar el pequeño «bungalow» rodeado por una terraza elevada encima de columnas de madera hincadas en el suelo húmedo. Pero Ross Maloney no veía el edificio de color sombrío, sino la extraña figura que parecía aguardar algo inexplicable.

Era un ser de espléndida carnación tostada, color caramelo quemado, que resaltaba en contraste con el multicolor floreado que la envolvía entre dos líneas horizontales: la trazada a media altura del seno, donde empezaban las flores, cayendo hasta la mitad de los muslos, donde volvía a trazarse otra línea horizontal…

Era Armida Sukabumi, vistiendo el típico «sarong», el tejido floreado. Sus cabellos ya no tenían la rigidez del moño tirante. Flotaban en larga melena a sus espaldas desnudas.

Apoyábase indolentemente contra la madera, en pie al interior de la «verandah» que circundaba el rústico albergue, en el centro de aquella selva que emanaba un vaho denso…

Fué aproximándose Maloney en silencio… Subió la escalera que conducía al interior de la terraza, y llegó junto a la javanesa. Apoyó sus dos manos en la pared, una a cada lado de los desnudos hombros femeninos.

Ella, desde su aparición, mantenía sus verdes pupilas inquietantes fijas en el pelirrojo americano… Sus gruesos labios entreabiertos modelaban una muda invitación…

De pronto, Maloney pareció despertar de un engendro de pesadilla. Sacudió la cabeza, apartó las manos de la pared, y retrocedió dos pasos…

Tocó el borde de la visera de su gorra blanca galoneada en oro…

—Buenos días, Armida.

Comprendía que su saludo era imbécil, y que debía sonar estúpidamente

entre aquel decorado. Pero había logrado romper el sortilegio, que por unos instantes había acelerado el ritmo de los latidos de sus sienes, con martilleantes llamadas sensuales…

Ella continuó inmóvil, sin apartar sus ojos del rostro masculino.

—Celebro que su herida fuera simplemente un aguijonazo.

Y sólo entonces vió que lo que parecía una flor más del «sarong» era un ancho círculo de esparadrapo y gasa al borde del escote. Y sonrió, porque aquel detalle de asepsia moderna le demostró que la que parecía un ídolo salvaje o una primitiva Eva, era una mujer que hablaba varios idiomas y vestía trajes de noche parisinos…

La voz silbante exhaló por entre los rojos dientes:

—¿Por qué ha venido?

—Paseando —dijo Maloney, y él mismo se rió de su aclaración inverosímil.

—Weltreveden dista tres millas. La hora es temprana para paseos.

—Las primeras horas de la mañana son las más indicadas para andar por esta isla cálida.

El trivial diálogo no impidió que Maloney recordase que estaba presentando la espalda a la selva por la cual había venido.

Fué a adosarse junto a la javanesa, casi rozando con el suyo el bronceado hombro de carne prieta y que despedía un olor dulzón a jazmines…

—Nada tiene naturalidad en esta isla. Todo es falso —fué diciendo Maloney—. Yo no estoy acostumbrado a esas complicaciones. Siempre he creído que para que la gente se entienda basta con decirse las cosas claras. No me gustan los tapujos, y he venido a esta casa porque deseo hablar con varios personajes que tengo la perfecta convicción de que conocen muy bien el camino.

Su mentón en avance brusco señaló la selva, y después a la que estaba a su lado.

—¿Busca particularmente a alguien que yo conozca? —silbó ella, que ahora ladeaba la cabeza, siempre fijos sus ojos en el marino.

—A cuatro tipos que tengo la seguridad fueron los que me… Bueno, a cuatro sujetos. Uno se llama Horler y es australiano.

Las pupilas verdes brillaron… Los labios glotones, casi obscenos, se reunieron, volvieron a abrirse, y Armida preguntó:

—¿Le conoce?

—Todavía no. Por eso he venido. No quiero perderme ese placer.

—¿Por qué supone que él ha de venir aquí?

—Si no viene él, vendrá, por ejemplo, Silva, el filipino.

Armida Sukabumi cerró. los párpados, e incongruentemente pensó Maloney en una serpiente parda, soñolienta…

—O John Smith, el inglés —añadió Maloney—. También me daría igual que fuera Villiers, el francocanadiense. Cualquiera de esos cuatro puede contestarme cordialmente las cuestiones que pienso resolver.

Ella volvió a levantar las largas pestañas, y su voz no era ya un silbido ronco, sino un contenido murmullo

—Estoy sola. Es mi «bungalow», no le invité.

Echóse Maloney la gorra hacia atrás, rascándose la sien.

—Acostumbro a ser respetuoso con las mujeres, Armida. Pero hasta las siete de la tarde nada me llama en Weltreveden. Puede obligarme a abandonar esta terraza, y entonces me pasearía por entre aquellas plantas esperando que….

Lo que le interrumpió la frase fué ver a dos individuos que, saliendo repentinamente de la floresta, se detuvieron a pocos pasos del «bungalow».

Uno de ellos, grueso y de faz inexpresiva, llevaba un sombrero hongo hundido hasta las orejas. El otro, era pequeño y sudaba copiosamente, pese a su «salakoff», su camisa ligera y sus cortos pantalones de dril…

Ross Maloney había visto a Mina Van Bloeng hablar, apenas desembarcada, con el sujeto de escasa talla, que ahora abanicábase con el «salakoff»: el intérprete John Smith.

Villiers, andando pesadamente, subió la escalera, y pegando un golpe con su índice erecto en la corta ala de su sombrero, a modo de saludo, sentóse en el reborde de la balaustrada que rodeaba la terraza.

Distaba dos pasos de la javanesa y Maloney.

John Smith entró, y también en silencio vino a sentarse junto a Villiers. Se abanicaba con la izquierda. Su diestra parecía apoyarse en el riñón derecho.

Ross Maloney quería conservar sus espaldas apoyadas en la pared.

—Visitas, Armida —anunció jovialmente.

Pese la actitud poco tranquilizadora de los dos recién llegados, estaba contento. No le gustaban los misterios. Y, en cambio, la nueva situación sí, porque era como si a un pez lo arrojan al agua después de una permanencia breve en el asfixiante aire…

De soslayo examinaba también a la javanesa. Quizá fuera ella más peligrosa que los otros dos.

—¿Son mudos sus amigos, Armida? Al menos uno de ellos es todo lo contrario, porque habla muchas lenguas, ¿No es cierto, John Smith?

El inglés siguió abanicándose con el casco de corcho y lona. Villiers produjo un ruido semejante a la masticación de un bovino…

—¡Cáscaras! El festival se anima —dijo Maloney.

En la breve distancia que separaba el «bungalow» de la selva, acababa de aparecer un individuo alto, esquelético, bien parecido, pero con exceso de brillantina en sus aladares y en su bigotillo de dos motas.

Y tras él, otro, también alto y de amplias espaldas, vestido enteramente de blanco. La recia mandíbula y los ojos vivaces eran dos rasgos que con las hondas arrugas que formaban triángulo entre su nariz y sus labios, complementaban su aspecto de hombre enérgico, lindante en la cuarentena.

Todo sucedió con un ritmo de torbellino desencadenado. El que hasta

entonces había semejado un indolente y larguirucho joven, de imprudente temeridad, convirtióse en algo indescriptible.

Algo que daba la razón a los que le apodaban «el huracán». No se separó de la pared, sino que salió disparado de ella, y el corto trecho de dos metros apenas, lo atravesó en un salto especial, que quizá recordaba el avance de un canguro.

Sus dos puños, proyectados hacia delante, chocaron estruendosamente contra el pecho y el entrecejo del hombre del sombrero hongo. Villiers describió un balanceo hacia atrás, levantando las piernas…

El rodillazo que, a la vez, propinó Maloney al otro hombre sentado, no terminó con una caída desde lo alto del reborde porque el propio agresor retuvo al que, reclinándose hacia atrás sin apoyo, iba a caer, pero forcejeando epilépticamente con la diestra hundida en el bolsillo trasero…

El «salakoff» fué lo que salió proyectado hacia atrás, y la diestra de Maloney asió la muñeca del inglés. Le hizo describir media vuelta, y asestándole un violento zurdazo con la palma abierta y empleando el perfil de la mano para golpear en la base del cráneo del que quedó con la cabeza colgando sobre el pecho…

La doble y simultánea agresión, la retención de John Smith contra su pecho, el retroceso, y el adosar sus espaldas de nuevo contra la pared, fueron obra de segundos.

Y la automática que había arrebatado al desvanecido intérprete, apuntó en semicírculo horizontal, a Armida Sukabumi, que seguía inmóvil, y a Horler, que en la balaustrada, cerca ya de las escaleras, se disponía a subir.

Silva estiró el brazo derecho, doblándolo primero hacia atrás… El destello del cuchillo, cruzando los aires, coincidió con el salto de costado que dió Maloney, a la vez que efectuaba un solo disparo.

Con un grito agudo, Silva llevóse la mano izquierda al hombro derecho… John Smith no gritó, porque estaba muerto. El cuchillo acababa de hundirse en su garganta…

Pero Maloney no lo podía ver. Lo mantenía sujeto contra sí, a modo de parapeto que le cubría solamente el torso y el vientre… y empleando como asa el recio cuero del ancho cinto del inglés, que empuñaba con la mano izquierda.

Villiers, tendido de espaldas en el césped, abajo, junto a los pies de Horler, produjo una serie de murmullos, mientras trataba de sentarse…

—No quiero disparar si no me obligan —dijo Maloney. Sus ojos vigilaban alternativamente a todos…

Al que mascullando originales ternos estrechábase amorosamente el brazo que le pendía inerte a un costado, al que en el suelo había ya logrado sentarse, y a la javanesa, que seguía inmóvil.

Pero, sobre todo, acechaba al que subió los escalones con paso calmoso.

—Ha habido seguramente un malentendido, capitán —dijo Horler.

—Habrá otro si continúa andando —advirtió Maloney, mostrando la

automática que destacaba por su negrura junto a la camisa blanca del que levantaba en vilo como protección y que ignoraba era un cadáver.

—Excuse el gesto de Silva. Fué natural —explicó el australiano, con voz bien modulada—. Vió agredir a dos compañeros suyos, inesperadamente, sin provocación alguna. ¡Quieto, Villiers!

La exclamación de Horler atajó el gesto con que el francocanadiense iba a abalanzarse corriendo hacia la derecha del «bungalow».

Silva dejóse caer sentado, dos pasos atrás de Villiers, que obedeció a la orden del australiano.

—Me he metido en un zafarrancho y saldré de él como sea —dijo Maloney con el ceño fruncido.

—No me explico a qué obedece su actitud, capitán —replicó Horler, introduciendo la diestra en el interior de su americana—. ¿Puedo fumar? —añadió a la vez que efectuaba su ademán.

La boca del cañón de la automática que le apuntó rectamente, siguió efectuando su semigiro horizontal, cuando Horler extrajo una pitillera, que volvió a cerrar, después de sacar un cigarrillo.

—¿Cuál de vosotros cuatro fué el que ayer por la tarde me atizó un culatazo en la sien? —inquirió Maloney.

Horler fué mirando sucesivamente a la javanesa, a Villiers y a Silva, copio si mudamente les tomase por testigos de su asombro.

—Ignoro a qué se refiere, capitán.

—Les ayudaré a recordarlo —dijo Maloney secamente—. ¡Venga! ¡En pie, filipino! Y tú, el del sombrero negro, vuélvete de espaldas, ¡Pronto!

Villiers miró el arma que le apuntaba, y el cuerpo de Smith inerte y desmadejado… Volvióse lentamente de espaldas.

Silva, en pie, tambaleóse, crispados los labios e intensamente pálido.

—¡Tú! Imita a tu compinche. ¡Rápido!

Las exclamaciones de Maloney eran gritos breves, imperativos. Apoyaba cada una de ellas con un movimiento perentorio de la automática.

Las dos espaldas de dos hombres en pie eran mucho más fáciles de vigilar.

—¡Tú! —y ahora la automática señaló a Horler—. ¡Como ellos! ¡Y a dos pasos de distancia del filipino!

Horler, fumando, descendió las escaleras y fué a colocarse en el sitio señalado. Tres espaldas quietas, tres cerebros en intensa actividad…

Sólo entonces soltó Maloney al inglés. Le vió caer fláccido como un pingajo pajizo… Y también sólo entonces vió el cuchillo que atravesaba su garganta.

Señaló a Armida Sukabumi la balaustrada, y ella avanzó tres pasos, hasta colocarse contra el enrejado de madera contra el que apoyó su «sarong».

—Me ayudaste, filipino —dijo Maloney, hablando desde lo alto de la terraza, adosado a la madera de la pared—. Despachaste al inglés. Sin el menor remilgo apretaré el gatillo si no me explicáis por qué demonios tengo

yo que ir acompañando a Mina Van Bloeng al parque del cráneo clavado en una picota. Me citasteis ayer para hoy a las siete. Contesta, filipino. Habla… Te doy diez segundos. Después dispararé, si lo que hablas son cuentos filipinos.

Fué visible el encogimiento de hombros del interpelado. Sin volver el rostro, gimió, porque el gesto agudizó la quemazón del balazo…

—Ni él ni yo podemos contestar a lo que ignoramos —dijo la voz de Horler—. Dispare si quiere, capitán Maloney, pero serán asesinatos de los que tendrá que responder ante…

—¿El cuchillo del filipino era de madera dulce? ¿La pistola de Smith era de juguete? ¿Y cómo sabes tú que me llamo Maloney?

—Ayer noche le oí citarle por su nombre a Wynberg Daendels…

Algo blando, viscoso, chocó como caído del cielo contra la nariz y la boca de Maloney…

Un intenso y acre aroma invadió sus pulmones. La masa algodonosa que acababa de aplicarse en húmeda mascarilla contra su rostro, le cegó por el agudo perfume que despedía…

Alrededor de sus piernas dos lianas se abrazaron fuertemente. No pudo adivinar que era Armida Sukabumi que, desde hacía un instante, sabía que alguien, encaramado en el tejado del «bungalow», acechaba al marino.

Y Antjol Stadskerk abatióse con todo su peso encima de la cabeza de Maloney, sin soltar la presión de la mascarilla empapada en éter…

Armida dejó de abrazar las piernas del que sin sentido acababa de desplomarse bajo los efectos de la gran dosis de narcótico, y la mole del gerente de la «Van Bloeng».

Horler volvió ligeramente la cabeza al oír los confusos ruidos. Y su gesto fué imitado por Villiers. Ambos, corrieron hacia la terraza.

Púsose en pie Stadskerk, sacudiéndose las rodillas desnudas por el corto pantalón de dril.

Ross Maloney, tendido de bruces, abierta la mano que había dejado de aprisionar la culata, quedó inerte, rodeado por tres hombres y una mujer en pie.

A un metro de distancia los zapatos de Silva tocaban el brazo del cadáver de John Smith…

Arrancó del cuello del inglés su cuchillo, y Antjol Stadskerk dijo lacónicamente.

—No.

El filipino, brillantes los ojos de excitación, miró al holandés.

—Hay que matarlo. Sabe mucho… —dijo anhelante.

—No —repitió Stadskerk—. Estábamos citados, y acudí oportunamente. Pero ahora, tenemos que dejar ese asunto. Desde el tejado del «bungalow» he visto a varios hombres ocultos entre la maleza. Wynberg Daendels y varios policías.

El holandés hablaba como el que dicta una carta.

—Yo vine a enterarme de si Armida seguía bien. Vosotros tres vinisteis con John Smith para intentar convencer a mi secretaria de que os diera un empleo en la compañía. Y explicaréis el resto tal como sucedió. Maloney agredió a Smith y Villiers, y Silva acudió en auxilio de su compañero, pero con mala suerte. Idos los tres, y si os sale al paso Daendels decidle que ibais en busca de las autoridades para denunciar a Ross Maloney por disparar contra ti, Silva, y ser el culpable de la muerte de Smith. Ya os avisaré para reunirnos en otro lugar.

Horler fué el último en abandonar la terraza. Villiers, con los ojos hinchados, y tocándose de vez en cuando el estómago, echó a andar enlazando, por la cintura a Silva, que se apoyaba en él.

Pero los, tres hombres atravesaron la selva y llegaron a la carretera sin que nadie les hubiese impedido el paso.

Camino de Weltreveden, Horler expuso lo que debían hacer.

—Iremos a la Comisaría a explicar las cosas tal como ha dicho Antjol. Después ya no tenemos por qué fingir que no nos conocemos.

—¡Rebenque! —exclamó Silva—. Si ayer nos reunimos a las ocho en el bar del hotel, esperando la orden de seguir a Daendels y liquidarlo, ¿por qué no lo hicimos?

—Ya vendrá esa orden —dijo Horler.

En la terraza del «bungalow», Antjol Stadskerk acababa de atar las dos muñecas de Maloney a su espalda, con un pedazo de tela que Armida le entregó retorciéndola previamente.

Hecho esto, sentóse en una mecedora, que fué a buscar al interior del edificio.

El sol, al ir aumentando la intensidad de sus rayos, producía un incremento en el vaho de enervante aroma que despedía la selva circundante…

Armida Sukabumi sentóse en otra mecedora y tendió un «pay-pay» al gerente de la «Van Bloeng».

Los dos, abanicándose, ofrecían un aspecto inofensivo, desde lejos…

Capítulo IV

UN RING SIN ESPECTADORES

Wynberg Daendels aguardó a que le notificaran la partida de Ross Maloney del «Hotel de las Indias». Supo que había pedido la dirección del «bungalow» de Lembang, y sólo entonces telefoneó a los cinco componentes de su brigadilla de acción.

Desde lugares distintos él y sus hombres presenciaron el combate que se desarrolló en el «bungalow», pero los cinco no se movieron, porque Daendels no hizo señal alguna de intervenir.

Vieron también alejarse a los tres secuaces. Siguió Daendels inmóvil. Media hora después, la campanilla de una ambulancia fué aumentando su tintineo progresivamente por la carretera.

Dos motos, con estridentes petardeos, se detuvieron también en un punto de la carretera.

Wynberg Daendels, cuando vió entrar por el camino abierto entre la selva, y que era el natural de acceso al «bungalow», a dos camilleros y dos agentes uniformados, anticipóse.

Hizo una señal a sus cinco hombres, indicándoles que se retiraran. Su diestra se dirigía hacia la carretera.

Al marcharse los cinco agentes, Daendels corrió sobre la punta de los pies, hasta interceptar el paso de los camilleros. Los dos agentes saludaron respetuosamente…

—¿Para quién es esta camilla, Van Jong?

El agente interpelado, tomó la palabra ceremoniosamente:

—Tres extranjeros, residentes en Weltreveden, vinieron a denunciar en Comisaría la muerte de un súbdito inglés en el «bungalow» de la secretaria del señor Stadskerk. Uno de ellos estaba herido por un disparo efectuado por un marino norteamericano, al cual denunciaron como autor de cuanto sucedió. Aportan el testimonio del señor Stadskerk, que aguarda en el «bungalow».

—¿Qué hacían todos ellos en el «bungalow»?

—Una cita de negocios con el señor Stadskerk. Deseaban que éste les diera empleo por mediación de la secretaria, a la cual conocía mucho el súbdito inglés, que es John Smith, el intérprete.

—Yo me ocuparé del atestado, Van Jong. Pueden retirarse ustedes dos.

Daendels, seguido por los dos camilleros, atravesó un espacio de vegetación hasta que entró en el trecho que distanciaba la selva del «bungalow».

Subió las escaleras, y quitóse el «salakoff», después de rectificar el cruce

de su impecable americana blanca.

—Buenos días, señorita, señor.

Sus ojos castaños miraron rápidamente al inerte Maloney, y al cadáver. Volvió a posarlos con expresión soñadora en el semblante de Antjol Stadskerk, que seguía abanicándose, al igual que la javanesa.

—Siéntese, Daendels —invitó Armida.

—Agradecido. Pero mi obligación me exige primeramente comprobar la defunción de John Smith.

Inclinóse sobre el cadáver, y su bien cuidada mano tocó ligeramente la muñeca del inglés, donde se quedó por unos instantes.

—Pueden llevárselo —dijo a los dos camilleros.

John Smith efectuó su último viaje por la selva de Lembang bamboleado en la camilla al paso de dos indiferentes enfermeros.

—Denunciaron en Comisaría una serie de extraños sucesos tres hombres de peculiares características, señor Stadskerk.

El gerente limitóse a asentir en silencio.

—Preferiría oír su propia versión de los hechos, señor Stadskerk.

—Me limité a reducir a la inmovilidad a este pendenciero sujeto asesino. Mi secretaria podrá informarle mejor de lo sucedido.

—Usted puede informarme del motivo de su visita al «bungalow» a horas que habitualmente se halla en la compañía. Entienda el sentido de mi frase: necesito cuantos más detalles mejor, para levantar el atestado de lo sucedido.

—Vine a cerciorarme de si ella podría reanudar prontamente el trabajo. Es mi auxiliar y no puedo sustituirla. Comercialmente, la persona que ayer hirió a mi secretaria, y que usted aun no ha podido detener, me causó un perjuicio. Ella no sólo posee mi máxima confianza, sino que a la vez archiva muchos asuntos que no puedo llevar a solas.

—¿Como obsequio en reconocimiento a sus méritos traía usted un frasco de éter?

La pregunta de Daendels no desconcertó en lo más mínimo a Antjol Stadskerk. Limitóse a mirar a Armida Sukabumi, que fué quien, replicó:

—En mi botiquín dispongo de éter, que no ignora usted es muy útil en caso de mordeduras de serpiente.

—Tuve que recurrir a este uso porque el marino estaba armado.

—Explicación muy natural, señor Stadskerk. Pero debió ser excesiva la dosis, porque el aroma del éter se impone a todos los demás que nos rodean. ¿No dispone de algún revulsivo, Armida?

—Tengo «brandy», limón…

—Eso es. Le ruego que mezcle limón con «brandy». Es un vomitivo que anticipará el regreso de Maloney a la conciencia de sus sentidos. Caliente la mezcla, por favor, Armida.

Marchóse ella con paso aplomada y elástico, y Daendels continuó

—Para finalizar el atestado me será muy útil una especie de careo o confrontación entre lo que declaren Maloney y su secretaria. ¿Conoce

personalmente a un australiano llamado Horler?

—Supongo será uno de los que visitaron en compañía de John Smith a mi secretaria. Iban también otros dos caballeros.

—Sí, Villiers y Silva. ¿Sabe a qué vinieron aquí?

—Me dijo mi secretaria que acudieron con la esperanza de que ella intercedería para que yo les diera empleo en la compañía.

—¿En calidad de qué?

—Creo que el señor Silva es contable. Habla tres idiomas y sabe llevar una correspondencia. El señor Villiers ha sido capataz en Bombay. Y el señor Horler fué maquinista y es perito en motores.

—Creo que es mi deber advertirles que no les dé empleo, señor Stadskerk. No quiero que usted, llevado de un deseo muy lógico, de adquirir la colaboración de elementos dotados de facultades adaptables a los negocios de la compañía, se vea engañado.

Antjol Stadskerk arqueó las cejas en muda interrogación.

—Me satisface poderle prestar un pequeño servicio señor Stadskerk. Por las obligaciones inherentes a mi cargo… —hizo una pausa, porque la javanesa con una taza humeante se dirigía hacia Maloney— …me veo siempre en el trance de tener que procurarme los antecedentes de los que arriban a Tanjung Priok o deambulan por Weltreveden. Los tres caballeros a los que me refiero, vinieron separadamente, en cortos intervalos. Horler fué maquinista. Lo expulsaron porque intentó vender unos planos de un motor recientemente puesto en marcha por un ingeniero de Sidney. Abuso de confianza, que le fué perdonado porque Horler había intervenido en parte en las modificaciones del motor.

—Ciertas flaquezas morales pueden olvidarse si comercialmente el culpable puede rendir grandes utilidades.

—Estudiemos, pues, las utilidades que le pueden rendir a la compañía «Van Bloeng» los señores Silva y Villiers. El caballero filipino es, en efecto, un buen contable y no tiene igual para demostrar iniciativa particular, por lo que a llevar personalmente una correspondencia se refiere. La casa «Wolrkers», de Hamburgo, lo puede atestiguar, porque trabajó allí desde temprana edad. ¿Por qué abandonó aquella ocupación tan lucrativa, trasladándose a Singapur? El cablegrama que me informó no aclaró este punto. Sin embargo, en Singapur se tenían barruntos de que el señor Silva era el hombre que más genialmente sabía distribuir entre los necesitados esos productos que originan dulces nirvanas de paraísos artificiales: cocaína, opio, morfina… No le interesará adquirir los servicios de un traficante en drogas, señor Stadskerk.

Armida Sukabumi se levantó y fué a sentarse en la mecedora. Daendels seguía en pie, ante Stadskerk, y se reclinaba en postura elegante contra la balaustrada donde una hora antes habíase sentado John Smith.

—Agradezco en lo que comercialmente me valen sus privadas informaciones, Daendels —dijo Stadskerk con tiesura —. Espero que del

señor Villiers habrá obtenido mejores antecedentes.

—Fué un héroe de la guerra del 14. «Chemin des Dames», Verdún, Marne… Varias condecoraciones. Un hombre valiente.

—Estimable recomendación,

—Sí, pero lo curioso fué que obtuvo todas estas condecoraciones luchando en las filas de la infantería alemana. Extraño, ¿verdad? Naturalmente que esto no nos incumbe. Comercialmente hablando, el valor del señor Villiers es elevado. Por espacio de los tres años siguientes al final del conflicto universal, estuvo empleado como capataz en Birmania, India inglesa y en los Estrechos. Pero mostró una cierta propensión a quedarse con lo que no le pertenecía. Parecía como si lo hiciera exprofeso para mudarse de lugar. Pequeños robos torpes.

El pie de Daendels tocó la pistola automática que estaba en el suelo a medio metro del brazo extendido de Ross Maloney, que continuaba inerte, aunque vuelto boca arriba ahora…



—¿Fué ésta el arma que hirió al señor Silva?…

—¿Fué ésta el arma que hirió al señor Silva?

Armida Sukabumi afirmó en lento ademán de cabeza.

—Creía que el capitán Maloney había observado más estrictamente la recomendación que se le hizo antes de desembarcar de que el porte de armas no era grato a las autoridades de Java. Tengo hasta la impresión de que abandonó el cinturón en el que enfundaba dos *Colt*… Una automática es arma

poco usual entre los marinos que navegan por el mar de China. Prefieren la solidez de un arma de tambor, que no se encasquilla…

—Esta automática pertenecía a John Smith —dijo la javanesa.

—Una breve relación de lo sucedido me ilustraría, Armida —rogó el adjunto—. ¿Usted citó a Maloney?

—Vino esta mañana a primera hora. Pretextó que había llegado hasta aquí paseando. Cuando John Smith, acompañado de Villiers, y seguido un poco Más lejos por Silva y Horler, llegó a esta terraza, le estaba yo diciendo al marino que abandonase mi «bungalow». No sé por qué motivo, ya que los cuatro visitantes ni siquiera le dirigieron la palabra, agredió brutalmente a Villiers y a Smith. El señor Silva, al observar que el americano les apuntaba con la pistola, lanzó un cuchillo, y Maloney se escudó con Smith.

—Es, por tanto, el verdadero autor de la muerte del súbdito inglés —intervino Stadskerk—. Si por pura casualidad no llego a acudir a tiempo, este hombre hubiese asesinado a los otros tres.

—¿Locura de la selva? ¿Cuáles fueron los móviles que impulsaron a este marino a actuar como un homicida?

Ross Maloney dobló primero las piernas, apoyando fuertemente el tacón en el suelo. Fué arqueando los brazos hasta colocarse las dos manos bajo la nuca.

De cada una de sus muñecas pendía el trozo de tela que acababa de romper. Antjol Stadskerk se puso en pie… pero Daendels se interpuso entre el holandés y el que trabajosamente se incorporó, colgantes los brazos, y meneando la cabeza de un lado a otro, con cortos murmullos inexpresivos…

—Siéntese, ¿quiere, señor Stadskerk?

—Este hombre debe ser puesto a buen recaudo. Es un peligro…

—Quiero oír la explicación de su agresividad… Quien oye una sola campana oye un solo sonido.

—Su comportamiento, Daendels, es improcedente y presentaré una denuncia al comisario.

Ross Maloney hasta entonces había obrado físicamente, sin que en sus reflejos hubiera la menor conciencia de lo que hacía.

Miró a su alrededor, y vió primero a la javanesa, que seguía sentada en la mecedora, balanceándose indolentemente. Después vió las espaldas de una americana blanca de corte impecable, y por encima de la cabeza de castaños cabellos, vió el rostro cejijunto de Antjol Stadskerk.

—¿Dónde… dónde están los tres? —preguntó con lengua estropajosa, al reconocer a Daendels—. ¿Y el inglés?… ¿Qué hace aquí este hombre?

Más que preguntar iba coordinando en voz alta sus pensamientos confusos.

Antjol Stadskerk volvió a sentarse. Daendels dió media vuelta y Ross Maloney pasándose el reverso de la mano por la boca, retrocedió hasta adosarse a la pared.

—Escuche, policía —dijo reafirmando la voz, y pestañeando porque

acababa de comprender intuitivamente el significado del sonriente guiño que le dedicaba Daendels—. Usted tiene que actuar, y dedicar menos tiempo a visitar su sastre. En este «bungalow» se dan cita verdaderos candidatos a la silla eléctrica. Cuatro tipos que ayer amenazaron con pistolas a Mina Van Bloeng, y me atizaron un culatazo en la sien…

—Primera noticia. Si ocurrió este percance, ¿por qué no lo denunció como era su obligación? —inquirió Daendels, retrocediendo a su vez hasta la balaustrada.

—Porque los cuatro iban enmascarados con un pañuelo blanco, y afirmó uno de ellos, que en caso de denunciarles, matarían a un familiar de Mina. Por eso me callé, ya que ella me lo rogó. Pero es hora ya de desempaquetar el lío. Reconocí por la estatura a John Smith, y por las manos a Horler. El imbécil de Villiers llevaba su sombrero… y el filipino tiene una talla esquelética que, le hace fácilmente reconocible.

—Para un hombre que, como usted, viene por vez primera a Java, demuestra tener ciertos conocimientos especiales.

—Muchos más que aun no he dicho, policía. Tengo la absoluta convicción de que esos cuatro «gangsters» trabajan de acuerdo con esta señorita y este sapo…

Daendels puso cara de ofendido.

—Está usted hablando del señor Antjol Stadskerk, gerente de…

—¡Este! ¡Este fué el que me cayó encima! —dijo de pronto Maloney, avanzando un paso con los puños cerrados hacia el holandés, que estaba de nuevo abanicándose, pero con los ojillos porcinos fijos en el semblante del americano.

Daendels chasqueó la lengua, como un hombre profundamente disgustado.

—Deténgase, Maloney. Está usted vigilado por el brazo de la Ley. Cuanto haga y diga puede agravar su situación. Siga en su sitio y continúe explicando sus historietas absurdas. Relacionar al señor Stadskerk con cuatro sujetos de malos antecedentes, es de un pésimo efecto…

Ross Maloney retrocedió de nuevo, y adosándose contra la pared mostró las dos manos abiertas.

Sonreía con buen humor, porque adivinaba que estaba comportándose como quería Daendels, y a la vez estaba camino de resolver el misterio que ponía en peligro la vida de Mina Van Bloeng.

—En cada uno de mis seis dedos tengo escrito un nombre. Pero he venido para averiguar el sexto nombre… Ese es el que no me deja dormir —fué diciendo, tratando de recordar más o menos las palabras confidenciales de Daendels—. El nombre del que se encubre misteriosamente, y que dirige una banda de soplones y «escucha-correveidiles». Siete magníficas perlas…

Los ojillos de Stadskerk disminuyeron, hasta convertirse en dos cabezas de alfiler, brillantes…

Armida Sukabumi cesó de abanicarse…

—¿Qué divagaciones estúpidas son ésas? —preguntó Daendels, encogiéndose de hombros, y tomando por testigos a los dos oyentes, de que consideraba absurdas las palabras del americano—. La única realidad es que usted agredió a cuatro caballeros que venían de visitar a Armida.

—Venían a por mí… Clásicamente. En silencio, y distribuyéndose estratégicamente. Yo previne la agresión, porque el que primero pega, golpea sobre seguro. El filipino quiso ensartarme y su cuchillo se melló en los huesos de Smith, con cuya automática logré dominar el negocio, hasta que me pareció que me caía el techo encima. Algo picante me hinchó las narices y no me dejó respirar… y hasta ahora. Tengo algo que me da vueltas dentro de la sesera…

—Lo cual no es suficiente excusa para que usted divague, acusando torpemente al señor Stadskerk.

—Colocaré los hechos con más claridad. En esta isla hay no sólo petróleo, sino posibles y excelentes bases para cualquier conflicto que surgiera. Usted puede o no creerme, Daendels. Al fin y al cabo no es más que un polizonte, y no entiende ni jota de esos complicadísimos asuntos de espionaje. Yo seguiré por mi cuenta, y le afirmo que daré con la pista del séptimo personaje que me interesa. Ésos —y despectivamente señaló a la javanesa y a Stadskerk— no son más que pececillos…

Antjol Stadskerk se puso en pie, dejando cuidadosamente sobre la mecedora que acababa de abandonar el «pay-pay».

—Debería usted acompañar a mi secretaria, para que preste su declaración ante el comisario, Daendels —dijo despacio y con un inusitado brillo en los ojos—. Quiero personalmente hablar con este señor. Privadamente —y su grueso índice apuntó hacia Maloney.

Daendels recogió del suelo la automática de Smith, que embolsilló.

—Lo que me quiera decir dígalo ante la Ley, sapo —replicó Maloney.

—Le denunciaré, por calumnias que ponen en entredicho mi honorabilidad. Cuando mi secretaria haya prestado su declaración, y me espere en la compañía, ¿tendrá usted la bondad, Daendels, de aguardar en el «Ruysdaels»? Yo respondo de que acompañaré a este hombre a la Comisaría.

Daendels miró hacia Maloney, y a la vez asintió.

Armida Sukabumi demostró la rapidez con que podía cambiarse el «sarong» por un vestido de blanca tela sedosa…

—No es muy legal mi consentimiento, señor Stadskerk —dijo Daendels —. Pero a un personaje de su honorabilidad puedo cederle ciertas atribuciones. Le aguardaré en el «Ruysdaels», para que tenga a bien explicarme el resultado de su conversación con Maloney.

—Mi coche está junto al pilar kilométrico del poste séptimo en la carretera.

Daendels hizo un breve saludo, colocándose el «salakoff». Descendió las escaleras tras la javanesa, cuyas anchas caderas y estrechas espaldas tenían la configuración especial que atrae la mirada masculina…

Antjol Stadskerk volvió la espalda a los que acababan de desaparecer por entre la selva. Y Daendels obedeció al punto de la letra las indicaciones del gerente de la «Van Bloeng».

***

Ross Maloney vigilaba cuidadosamente el menor ademán del coloso estólido que se le enfrentaba. Un voluminoso conglomerado de músculos y carne maciza, de agilidad sorprendente…

Pero Stadskerk no demostró ningún síntoma de agresividad, aunque sus piernas no estaban abiertas en la posición de un hombre dotado de intenciones pacíficas.

—Citó antes siete perlas —dijo con entonación tranquila—. Dijo que conocía seis…

—Los cuatro reducidos a tres, ella y usted, sapo.

Antjol Stadskerk sonrió. Y su rostro transformóse en una carátula siniestra…

Su primer puñetazo experto rozó el hombro de Maloney, junto a la carótida, al ladear prestamente la cabeza el americano. El émbolo funcionó con precisión, y la izquierda de Stadskerk rozó el costado de Maloney, en vez de estrellarse contra el estómago, porque el americano, en su doble esquiva había neutralizado dos golpes que por su contundencia y el potente impulso rápido con que fueron asestados, le hubieran producido un fulminante «k.o.».

Antjol Stadskerk saltó. hacia atrás… Los dos quedáronse respirando entrecortadamente…

Maloney con guardia baja, apoyados los dos puños en sus muslos… El holandés apartóse aun más y quitóse la americana de dril bruscamente. Su camisa de seda de cortas mangas, reveló un tórax abombado, macizo, de prietos músculos…

—Reduciré a papilla tu rostro y tus huesos —masculló Stadskerk. Hablaba con frialdad, pero congestionado el semblante y brillantes los ojillos porcinos.

Ross Maloney hizo el clásico gesto de los profesionales del *ring*. Levantó la diestra abierta, con cuyo pulgar se dió un papirotazo en el extremo de la nariz, a la vez que exhalaba rápidamente por ella varios resuellos de respiración…

Arqueó el brazo izquierdo, al mismo tiempo, retrocediendo el puño hacia atrás…

Aquellos gestos recordaron a Stadskerk el inicio de su carrera ascendente, allá en Estocolmo, cuando cuatro cuerdas y una lona eran su primera oficina…

Pero entonces nunca pensaba matar a sus contrincantes, sino simplemente lograr derribarles por más de la cuenta de nueve segundos.

Ahora era distinto. Aquel larguirucho adversario poseía una cintura ágil y

científicamente calibrada en el arte de la esquiva… Pero la contundencia de ciertos puñetazos, ya experimentados anteriormente por el holandés en ciertos interrogatorios, mataban.

Miró las sienes de Maloney con delectación. Después el espacio izquierdo del pecho, donde cuando le derribase, golpearía salvajemente…

Armida sabía ya que en el «Ruysdaels» debía enviar a la «silueta borrosa»… Liquidados Daendels y aquel americano, habría pasado el peligro.

Aunque ya suponía que la «silueta borrosa» sabría comprender que era preciso averiguar si Daendels no había comunicado a nadie más los manejos de «las siete perlas». Un interrogatorio en la torre del acantilado…

Y distendióse fintando con largo «swing» al flanco, preparada la diestra… Emplearía tan sólo la izquierda, para tantear el momento oportuno.

Ross Maloney agachó bruscamente la derecha, pegando de canto sobre el antebrazo macizo… También su izquierda en largo contacto imitó la táctica del holandés…

Un corto «uppercut» le levantó la cabeza, y miríadas de estrellas bailotearon ante sus ojos, repercutiéndole desde la punta de la mandíbula.

Asestó un «uno-dos» y Stadskerk retrocedió algo asombrado… Inclinándose a derecha e izquierda, como él patinador que quiere acelerar su avance, Maloney aprovechó su envergadura para empujar de sendos puñetazos los costados del holandés.

Los pelirrojos cabellos bailotearon en roces peligrosos con las manazas que pretendían cazarlos.

La cintura del holandés chocó con la balaustrada en recio contacto. Las maderas crujieron, y cediendo bajo el peso del coloso, le hicieron perder el equilibrio.

Cayó hacia atrás abriendo los brazos. Rodó ágilmente sobre el suelo como una bola enorme. Pero quedó en pie después de su triple voltereta.

Desde lo alto de la terraza, Maloney propinó varios puntapiés a las maderas astilladas, dejando libre el espacio.

—Fin del primer «round», sapo. Por puntos a mi favor.

Antjol Stadskerk entró en la terraza, pero lejos del lugar donde esperaba Maloney. No empleó la escalera, sino que se encaramó a fuerza de puños.

Avanzó lentamente y con precaución hacia el que ahora comprendía que dominaba la esgrima de los puños. Tenía *ring*, pensó.

Pero era flaco y no resistiría el primer golpe que pudiera conectar a la media distancia. Siguió avanzando con los dos puños prietos contra el ancho pecho abombado.

Y se desencadenó el más feroz de los combates, en el que prodigó Maloney los escorzos de cintura y los bloqueos con las manos abiertas, para detener los machetazos que asestaba Stadskerk buscando el fuera de combate de aquel desgarbado mozuelo que se atrevía a presentarle resistencia.

Un «gancho» de izquierda alcanzó a Maloney en el estómago, y le lanzó hacia atrás. Cayó encima de una mecedora, rompiéndola, y volteando sobre la

nuca, presentó los pies para detener el impulso con que Stadskerk se arrojaba encima suyo.

Chirriaron las maderas y el mimbre… y de nuevo los dos se encontraron en pie, frente a frente, puños cerrados.

—Mejora la puntuación, sapo. Este «round» puedes apuntártelo…

No terminó su frase, porque cerrando las mandíbulas, ladeó la cabeza agachándose… El puño derecho de Stadskerk le pasó por encima de los hombros.

Volvió a ladear la cabeza en sentido contrario y llevado por la ferocidad de su propio golpe quedó unos instantes Stadskerk con el brazo izquierdo elevado…

Doblóse lateralmente al recibir en el hígado un recio derechazo. La izquierda siguió y la mandíbula de Stadskerk crujió con compacta sonoridad.

Y una biela loca fué acorralando al holandés, en sucesivo aluvión de golpes contra los que intentó cubrirse apresuradamente.

Las macizas espaldas del coloso apoyáronse contra el tabique de madera, y jadeando trató de colocar algún golpe.

Pero sus ojos no veían, ya que enconadamente Maloney los había tomado como primer objetivo…

Un golpe de derecha resbaló por la ceja abriéndola y el puño se estrelló contra la frente estrecha del holandés…

Tambaleóse Stadskerk, pero no cayó hacia adelante porque se lo impedían los puños que incansablemente como un martillo eléctrico le golpeaban repetidamente el rostro y el estómago.

Ross Maloney «veía rojo»… Siguió pegando, pegando, hasta que sintió que le dolían los omoplatos y sus nudillos le escocían, y que cada nuevo golpe le producía agujetas en las muñecas…

Remachó las series con un corto «uppercut» en el pecho de Stadskerk, Y cesó el jadear de la respiración de su contrincante, que abatió los brazos, en desmadejada postura…

Maloney aplicó sin golpear su puño derecho encima de la frente del coloso, manteniéndolo en pie contra el tabique que hasta entonces había ido repitiendo en eco lastimero la repercusión de las espaldas y la base del cráneo de Stadskerk…

—¿Conque papilla, eh?… Pareces un gorila anémico…

Y en final desahogo, la izquierda de Maloney retrocedió hasta el máximo y hundióse en la garganta del holandés…

El tabique cedió y Antjol Stadskerk cayó de espaldas encima de las maderas astilladas y al interior del «bungalow»…

—Pagarás las reparaciones —dijo Maloney, lamiéndose los nudillos, con lo que hacía inaudible lo que decía.

Siguió lamiéndose los nudillos, mientras recogía su gorra, que se encasquetó cubriendo los mojados cabellos sudorosos…

Los sobacos de su guerrera estaban desgarrados, pero aparte del dolor que

experimentaba al mover la mandíbula, cuyo mentón hinchábase levemente, sentíase orgulloso de su esquiva…

Sólo al ver ahora la inmensa mole desparramada entre maderas y tela desgarrada allá en el interior del «bungalow», comprendió que sí Antjol Stadskerk le hubiese «tocado», habrían tenido que hospitalizarle…

—En el «Ruysdaels» podremos seguir si te quedan ganas, sapo.

Y abandonó la terraza, saltando al húmedo suelo…

Mientras se internaba por la selva en dirección a Weltreveden, pensó que el recién «noqueado» tardaría en sentarse tras la mesa de su despacho.

—Un buen par de días de reflexión —dijo en voz alta, alegremente.

Aquello ya se iba animando, y su «colaboración» con Daendels le estaba proporcionando buenos ratos… Rió al pensar que cuando Mina Van Bloeng viera los desperfectos del semblante de su gerente, quizá le diría que ya no existían posibilidades de que obtuviera un buen empleo en la «Van Bloeng».

Mejor… porque aquel acre aroma que ascendía de la selva que le rodeaba no le gustaba. Prefería volver cuanto antes al mar libre…

De pronto recordó algo incongruente. Varias veces su puño había tropezado con algo redondo, incomprensible…

Algo que ninguna anatomía humana poseía… ¿Un encendedor? Dió media vuelta y poco después inclinábase sobre el que seguía extendido sobre la espalda, brazos en cruz… convertido el rostro en una masa sangrienta y agrietada…

Hurgó en el bolsillo del pantalón que horizontalmente se abría bajo el cinto, y contempló absorto en la palma de su mano, un objeto curioso: una gran perla negra engarzada en un disco de oro…

Lo colocó en el bolsillo superior de su guerrera, y súbitamente fijó los ojos en el dilatado pecho del vencido…

Bruscamente se inclinó y pareció descansar, apoyada la mano en el espacio izquierdo del pecho del holandés…

Al enderezarse estaba pálido y sentía grandes deseos de beber algo helado…

Entre la herencia de Julius Van Bloeng y sus nietos, sólo se interponía Armida Sukabumi, porque Antjol Stadskerk había cesado para siempre en su cargo de gerente.

Un hombre muerto… En lucha limpia… Sin intención de matar, iba pensando Maloney mientras a pasos largos, casi corriendo, atravesaba de nuevo la selva, pensando en el «Ruysdaels» y Daendels.

¿Dónde demonios estaría el «Ruysdaels»? Preguntando se va a Roma…. Rasgó en dos tiras su pañuelo, rodeándose con los dos jirones sus nudillos.

En la carretera aspiró el aire menos cargado de efluvios intoxicantes. El sol caía ya de plano, ardiendo… ¿Lo creería Daendels cuando le dijese que sin querer había matado a un hombre a puñetazos?…

CAPÍTULO V

LA ESTRELLA DEL «RUYSDAELS»

El «Ruysdaels» tenía fama de ser el lugar nocturno donde mejor se comía en Weltreveden. Pero de día estaba poco frecuentado.

Decorado en claras tonalidades grises y plateadas, el bar de entrada a modo de vestíbulo antes del comedor, tenía cierta apariencia europea, con su mostrador reluciente, y la mujer que vestida de blanco y empinada sobre altos tacones Luis XV, acababa de llevarle al único consumidor otro doble ele cerveza.

Wynberg Daendels, de vez en cuando dejaba vagar su vista por el contorno del mostrador y el busto de la pecosa dueña del bar.

Desvió la vista cuando se abrió la puerta del Bar, y los cristales al girar dejaron paso a Ross Maloney, que parecía un marino ebrio o al borde de la insolación.

—Aquí —dijo Daendels a modo de saludo.

Ross Maloney, pesadamente, dejóse caer sentado junto al policía.

—El vaso mayor que tenga, lleno de naranjas estrujadas y con mucho hielo —dijo Maloney sin mirar más que el color blanco de la figura detenida a su lado.

Repiquetearon los tacones alejándose.

—Lo he matado —bisbiseó roncamente Maloney—. Debí darle un puñetazo demasiado fuerte o la madera le chocó contra la sesera… Está muerto allá en el «bungalow»…

—Olvídelo —dijo secamente Daendels—. Ahí vienen sus naranjas… Gracias, Raymonde.

La francesa volvió a Marcharse. Maloney bebió largamente, saboreando el corte helado del líquido contra su paladar…

Depositó el vaso, y los dos jirones de pañuelo manchados de sangre estaban adheridos a los nudillos.

—¿Se ha dado cuenta de lo que he dicho, polizonte? Nos peleamos limpiamente, puños desnudos, sin armas… El me atacó…

—Olvídalo —repitió Daendels con cierto enojo—. Eso no tiene la menor importancia… Desde que usted empezó a hablar en el «bungalow, decidí terminar pronto con todo… No puedo vivir persiguiendo día y noche una silueta borrosa. Ahora, usted y yo estamos ya condenados a muerte. ¿Otro jugo de naranjas?

—No. Escuche, Daendels. Yo le he servido como muelle del disparador. Ya está en danza su secreto.

—Y sobramos usted y yo, vendrán a por nosotros. ¿Quién? ¿Cómo? No sé. Pero la cita de Stadskerk fué claramente instructiva. Desde que usted empezó a hablar, porque así lo quise yo, y temía que no supiera comprenderme… estábamos firmando nuestra condena de muerte.

—¡Cáscaras! Pero…

—Cállese y déjeme hablar. Se saben ya descubiertos… Armida avisará a la «silueta borrosa»…

La puerta del bar abriose y entró una muchacha.

Era llamativa. Aunque estuviera vestida sin gran extravagancia con su blusa de seda rosa, su falda gris claro, las medias grises y los breves zapatos negros de charol, presentaba una figura llamativa.

Su cabello era intensamente negro, sus ojos eran anchos y luminosamente pardos. Su rostro era blanquísimo, y la herida sangrante de la boca resaltaba…

Acercóse con paso vivaz, que denotaba vitalidad y aplomo,

—¡Hola! —saludó Daendels con cierta vulgaridad en el ademán—. La estrella del «Ruysdaels», Maloney. Clara Morris, un «cocktail» de razas…

Ella rió. Su risa era despreocupada, acariciante.

—¿No tenías que embarcarte hacia los Estrechos? —siguió hablando en inglés Daendels.

—Se me escapó el barco —dijo ella, y su voz era bien timbrada—. Pero ya tengo el pasaje para el de mañana. Y seguro que no lo pierdo. No dejaré que vuelvan a emborracharme…

Desvió la vista de Daendels, y miró a Maloney. Le miró lenta y detalladamente. Dijo con suavidad:

—!Cielos, qué muchachote! No lo conozco. ¿Quién es ese marino, Daendels?

—El capitán Maloney. Un buen amigo.

—Muy encantada de conocerle, muchacho —dijo ella sentándose junto al americano—. ¿Por qué no vino a verme cantar? Lo hacía todas las noches aquí. Nunca le he visto.

—Llegué ayer —dijo Maloney.

—Ya. Entonces usted me despedirá, muchacho. Bueno, ¿me pagan un líquido potable o tendré que pagármelo yo?

—Yo te invito, Clara —dijo Daendels—. ¿Qué quieres tomar?

—El mayor contenido de lo más caro —replicó ella—. *Coñac* «Napoleón». Siento deseos de beber, Daendels, chico hermoso y listo. ¿Recuerdas aquella noche que…?

—No hagas enrojecer al capitán Maloney. ¡Raymonde! Trae un frasco de «Napoleón».

La francesa desde detrás del mostrador dijo con dignidad:

—Sólo un doble, señor Daendels. Ya sabe la ley de licores durante el día.

Daendels dirigió una mueca alegre a Clara Morris.

—Lo siento. Ya lo has oído… Sólo uno.

—Uno es mejor que nada —replicó ella enlazando su brazo al de

Maloney, que miró de reojo a Daendels. ¿Cómo era posible que aquel hombre estuviera perdiendo el tiempo tan estúpidamente con la tanguista?

—Me divertiré, muchacho. Tienes cara de pocos amigos. Me gustas. ¿Conque un solo *coñac*, eh, Raymonde? Bueno, si quiero otro ya sé dónde obtenerlo. Aquí os guardáis las cosas buenas para los clientes de la plaza, y nosotros…

Raymonde colocó delante de la que hablaba un vaso lleno de licor ambarino.

—No es culpa mía, Clara. Tú la primera sabes lo que ocurre por despachar alcohol antes de las seis de la tarde.

Extendió Daendels dos billetes sobre la mesa, y Raymonde recogiéndolos se alejó de nuevo hacia el mostrador.

Clara Morris levantó el vaso. Bebió lentamente sin pausa hasta apurar todo el contenido. Maloney parpadeó…

—Eso ya está mejor —dijo ella depositando el vaso—. Bueno, muchachos. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Lo que tú quieras —replicó Daendels.

—Me harta estar aquí. Fueron muchas las noches de mis tiernos años que he perdido aquí dentro… Vine para ver si encontraba algún amigo. Y me encuentro a este mozo y a mi cariñito. Eres guapo, Daendels. ¿Te lo había dicho ya?

—Tres veces. Una por cada «melopea» que agarramos juntos.

Levantóse ella, chasqueando el dedo medio contra su pulgar, dando vuelta a la muñeca que tintineó de brazaletes.

—Todavía me debes dos días de casita. ¿Vamos a ella? Tengo un piano alquilado que aun sigue allí, ¿sabes, muchacho?

Maloney miró con poca amabilidad a Daendels. Pero éste asintió gravemente poniéndose en pie y enlazando por la cintura a la estrella del «Ruysdaels».

—Venga con nosotros, capitán Maloney. Se divertirá. «Debemos» ir…

Apoyó la voz sobre la penúltima palabra.

—Y digo que debemos ir, porque Clara es única. No cambiará nunca.

Ella le miró con encantadora impertinencia.

—¿Te hubiese gustado más si hubiese cambiado?

—No lo creo —y el adjunto de policía la miró entrecerrando los párpados—. Creo que tal como eres, estoy casi enamorado de ti. Pensé mucho en ti… pero empezaba a olvidarte, al ver que te marchabas…

—Aun estoy aquí. Bueno, ¿vamos, marino? Reto a la marina americana a un combate desigual, de gargantas experimentadas. Sé que el encanto de Daendels bebe como una esponja.

—Yo sólo bebo jugos de fruta —dijo Maloney.

Ella rió como si acabara de oír algo muy gracioso.

Ross Maloney levantóse y siguió a la pareja hasta el exterior. Un carricoche descubierto, entre cuyos palos un caballo agitaba cansinamente la

cabeza, aguardaba.

Entró en él Clara Morris con gesto enfático.

—Mi «limousine». Pon en marcha el motor, cochero. A mi casa.

***

La cabeza de Maloney ardía. Se reclinaba contra el extremo de un largo diván, bajo el que adivinaba el «sommier» de una cama turca. Miró admirativamente a Daendels, que al otro extremo del cuarto estaba bebiéndose su sexto *coñac*.

—Tiene usted un estómago blindado, compadre —dijo Maloney con la lengua algo torpe—. Sólo me he bebido dos tragos, y veo angelitos.

Daendels limitase a crispar la mandíbula, y señaló con el mentón a Clara Morris, que sentada en equilibrio inestable sobre el taburete frente al teclado abierto, inclinóse para quitarse un zapato.

Al hacerlo, la bata de encajes y seda azul, por la cual había cambiado sus vestidos, revoloteó mostrando un largo trecho de medias…

Ross Maloney masticó aire, con rostro entontecido. Asimilaba la corta instrucción de Daendels al quedarse solos en el piso mientras ella se cambiaba. «Usted es un marino propenso a emborracharse, y ella es una tanguista… por ahora.»

El cuclillo del reloj de pared hacía ya un instante que asomaba y volvía a esconderse, graznando horas. Clara habíase ya quitado el zapato. Lo arrojó y el reloj cayó al suelo, con el cuclillo graznando contra el suelo, un sólo graznido final…

—Odiaba este bicho —dijo ella—. Todas las noches cuando había yo cogido el sueño, me despertaba…

—Cumplía su deber de madrugador —dijo Daendels gravemente.

Maloney aumentó la posición arrellanada, extendiendo ahora las piernas.

Clara púsose en pie y para recuperar el equilibrio se apoyó en el teclado, que dejó oír una serie de disonancias.

Hasta entonces había cantado con maestría y delicioso abandono, coplas populares, y Daendels era el encargado de brindar con ella, sirviendo el *coñac*; por dos veces tuvo Maloney que beber porque Clara le miraba vaciando su vaso.

Las otras, consiguió tirar el alcohol detrás del diván en que se sentaba.

Clara Morris dirigióse con cierta inestabilidad hacia el armario de donde había extraído las dos primeras botellas de *coñac*. Se arrodilló y abrió la puerta inferior, introduciendo la cabeza.

Maloney la oyó soltar ternos poco distinguidos.

—Creedme o no, muchachos, pero estamos secos y volvió a sacar la cabeza agitando una botella vacía.

—Deberías cerrar tu bar —dijo Daendels.

—Es la vieja que viene a hacer la limpieza. Habrá bebido a mí salud, la

vieja bruja —y volvió a desaparecer su cabeza en el interior del armario. Su voz resonó amplificada y sonora—. ¿Sabéis que estamos metidos en un embrollo muy serio, compadres?

—¿Qué embrollo? —preguntó Maloney avanzando el busto.

—El asunto licores —dijo Clara desde el interior—. No queda ni una gota. ¿Eh? ¿Qué es eso?

Levantóse con un frasco en la mano. Estuvo leyendo la etiqueta, ladeando el rostro para evitar que la melena despeinada la cegara. Después de un instante dijo con deliberado dramatismo en la entonación y el gesto:

—No, no… Cualquier cosa menos eso.

—¿Qué le pasa a eso? ¿Es agua? —preguntó Daendels.

—Escucha, Daendels de mi alma, Antes bebería yo agua que esto. Y mejor aún, veneno.

Daendels se levantó, y tardó en llegar junto a ella. Le quitó la botella de las manos, y al leer la etiqueta rió.

—Magnífico. Tenemos ya bebida.

—Pero, ¿sabes lo que es eso?

—Claro que sí. He bebido decalitros. Es «Araki».

—Di que es veneno —replicó ella—. Tuve otra botella de esas. Bebí tan sólo tres sorbos hace unos tres meses antes de conocerte. Tardé una semana para recuperar mi completo equilibrio.

Daendels volvió a reír mientras sus blancos dientes mordisqueaban el corcho de la botella, y su brazo izquierdo enlazaba la cintura de Clara.

—Total, es menos fuerte que mezclar *whiskey*, *coñac*, ginebra y pimienta. Y lo hemos resistido, encanto.

Escupió el corcho y fué vertiendo el contenido del frasco en tres copas. Buscó dónde arrojar la botella.

Clara estaba jugueteando con el anillo que engarzando un ancho camafeo rodeaba su anular. Le dió vuelta y el camafeo quedó oculto.

Daendels fué a llevar la botella tras el piano. Cuando regresó ella le tendía una copa, y fué a llevar otra a Maloney.

Volvió corriendo con pasitos, graciosos, y cogiendo la copa que quedaba la alzó:

—¡Por el último que quede en pie!

Apuró su copa de un trago, y al dejarla sobre la mesa, rió viendo cómo Daendels bebía.

—¿Y tú, bello bruto sentimental? —canturreó mirando a Maloney que seguía con la copa llena en su diestra.

—Aquel señor me lo ha prohibido —dijo Maloney con aire terco.

Indicaba a Daendels, que en efecto, había negado señalando su copa, cuando ella se la llevaba. Y la otra operación que había hecho había causado gracia a Maloney, que obscuramente entrevió lo que se estaba desarrollando una comedia cuyo epílogo…

Llevóse Clara la mano al cabello, como si quisiera apartárselo del rostro.

Dió una vuelta sobre sí misma y se desplomó repentinamente.

—Esta es la primera parte —dijo Daendels por único comentario.

Tiró Maloney la copa con su contenido tras el diván, y levantándose fué al lado de Daendels, que arrodillado cogió la mano de la mujer inerte, volviendo la palma hacia arriba.

Maloney vió que el camafeo formaba un ángulo recto con la plata que lo engarzaba, dejando ver un espacio vacío donde aún quedaban restos de un polvillo blanco.

—¿Veneno? —preguntó Maloney asustado en el fondo por la frialdad con que Daendels había efectuado el cambio de vasos mientras ella le traía el que le destinaba.



Y se desplomó repentinamente…

—Creo mejor que sería narcótico. Una vez mientras ella dormía jugando con este anillo, descubrí lo que era. Supuse le serviría para que algún juerguista pesado la dejara en paz…

Las manos de Daendels recorrían la ropa de la privada de sentido. Levantó la cabeza extrañado.

—Es raro. Siempre la llevan encima. Vistan como vistan.

—¿El qué?

—La contraseña. Lo que les hace reconocerse en cualquier parte del mundo. Una perla negra grande, en un disco de oro.

—¿Como ésta? —y tendió Maloney la que le había cogido a Stadskerk.

Púsose Daendels un índice en los labios. Clara Morris murmuraba palabras inaudibles…

—…fácil… Los dos… A las ocho en la torre del acantilado… Bueno… Será lo último en Java… Tengo que ir a Singapur… A las ocho en la torre del acantilado…

Calló, agitando espasmódicamente las piernas descubiertas.

—Es la torre junto al faro de Bandong —explicó Daendels.

Enderezóse de pronto.

—Váyase a bordo de su barco, Maloney. No salga para nada. Hasta las siete. Vendré a buscarle. Váyase.

Iba Maloney a protestar, pero fué casi a empellones que le sacó Daendels de la habitación.

—Hasta las siete.

—¿Y… si no viene?

—Búsqueme. Váyase ahora. No me complique más la existencia. Creo que ya sé quién es la «silueta borrosa».

—¿Ella? —y señaló Maloney al interior.

—No. Ella lo fué hasta ayer. Ahora es otra persona. ¡Váyase! Corra hacia su barco.

—Pero yo quiero saber… Empecé el juego…

—Lo sabrá. Pero ahora aquí dentro si continuase usted conmigo, perderíamos la partida. ¡Váyase!

Ross Maloney dió media vuelta y abandonó el piso. Sólo entonces, cuando se cercioró Daendels de que se alejaba en dirección al tren que conducía de Weltreveden a Tanjung Priok, cuya estación estaba a la vista desde aquel primer piso, entró de nuevo el policía en la habitación.

Dejó la puerta semicerrada, y fué a sentarse junto a la mujer que seguía en el suelo. Volvía la espalda a la puerta.

Pasaron horas… No se volvió, cuando una voz a sus espaldas murmuró

—Quieto, Daendels.

Era Horler el que hablaba. Llevaba una pistola automática en la diestra. Tras él, Villiers con la diestra hundida en el bolsillo de su chaqueta, le miraba como asombrado…

Daendels tardó en levantarse.

—No sé —tartajeó—. Bebimos… Caímos… Dormimos…

—¿El americano? —preguntó Villiers roncamente.

—Levó anclas. Nos abandonó, el traidor… —lamentóse Daendels—. Dijo que estaba harto de Java… Quería hacer rumbo al norte. Entró aquí pero no quiso beber nada.

La pistola de Horler se aplicó en el costado de Daendels, y Villiers dando un rodeo vino a aplicar otro cañón en el centro de la espalda del policía.

—Te explicarás delante de quien tratará de adivinar lo que ha ocurrido —dijo Horler incisivamente—. Silva se encargará, cuando salga del hospital, de buscar a tu amigo el americano.

Villiers propinó un puntapié a la que seguía sin sentido.

—!Imbécil! No supo retener al americano.

Empujó Horler la pistola.

—Venga. Anda, Daendels…

El holandés se encogió de hombro, alzando los dos brazos.

—Están jugando un juego peligroso, amigos. Yo soy…

—Eras —dijo tan sólo Horler.

Pero, no disparó. Era lo que suponía Daendels. Le llevarían ante la «silueta borrosa», para que explicase cuanto sabía de las Siete Perlas.

Un automóvil aguardaba subido en la acera, y casi adheridos los guardabarros al muro.

Era ya de noche y el domicilio de Clara Morris distaba de la ciudad. Dos pisos. Y en el inferior había residido John Smith…

Horler empujó de nuevo, mientras con la otra mano detenía el brazo de Villiers que, armado de una cachiporra de goma, iba a abatirse sobre la nuca del holandés.

—Entra —ordenó lacónicamente el australiano.

Wynberg Daendels obedeció sentándose en el asiento posterior.

Capítulo VI

HACIA EL FARO

La luna llena desparramaba sus rayos de plata. Daendels calculó que no faltaba mucho para las ocho de la noche. Miró su reloj de pulsera sintiéndose vigilado por Horler. Eran las siete y doce minutos.

La carretera iba ascendiendo por la carretera de Bandong. A través de las abiertas ventanillas del automóvil la brisa entraba, aportando efluvios salados del mar.

Sentado a su lado, Horler era visible en la penumbra por el punto rojizo de su cigarrillo. En el asiento delantero, Villiers estaba incómodamente vuelto, apuntando rectamente con su automática a Daendels.

Las estrechas espaldas que ocultaban el volante eran las de Armida Sukabumi.

—Daría un penique por tus pensamientos, Daendels —dijo de pronto Horler.

—No lo valen, amigo —replicóle el holandés—. Estaba pensando cuál era el motivo de esta excursión y su meta. La brisa me ha despejado ya. Veo una pistola enfocándome, y creo que lo que siento contra mi hígado es otra pistola. Mal asunto, Horler. Ataque a mano armada contra un policía que sólo tiene en la conciencia el pecadillo de haber estado bebiendo en demasía con una chica excelente.

—A otro perro con ese hueso —rezongó Villiers—. Tú andabas tras una pista, holandés. Y has acabado de husmear. Allá se encargarán de sonsacarte lo que sepas, y después…

—¿Dónde está «allá»? —preguntó Daendels.

—Pronto lo vas a saber.

—¿Sabéis vosotros que Stadskerk está persiguiendo a John Smith a ver cuál de los dos llega antes al infierno?

La pregunta de Daendels hizo que Armida Sukabumi hablase por ver primera:

—Por lo que respecta a la herencia de Julius, me hiciste un favor, Daendels.

—Mala espía podrás ser, ahora que eres una mujer rica, Armida.

La observación del holandés hizo que Villiers mirase de reojo y con repentina sospecha a la que conducía. Tendría que indicar aquella posibilidad al séptimo elemento de la organización.

—Si quisiste sorprendernos hablando de espías —dijo Horler—, te garantizo que pronto vas a ser tú el sorprendido.

—Esto va convirtiéndose en algo muy interesante. ¿Cuándo me vais a dar la sorpresa?

En la penumbra la esfera luminosa del reloj de pulsera del australiano quedó visible, al darse este vuelta a la muñeca apartándose el puño de la camisa.

—A las ocho ya estarás harto de sorpresas.

El automóvil seguía dando virajes por la serpeante carretera. Los árboles tupían los lados del camino que corría por entre bosques. La brisa sopló con mayor vigor, y mayor salinidad.

Oíase un lento murmullo, mientras el coche descendía ahora. Se detuvo, y Armida Sukabumi volvió la cabeza.

—Hemos llegado —dijo, inexpresivo el semblante.

Un faro destellando en circulare, apariciones y desapariciones barría por encima del bosque a intervalos regulares.

—Baja —ordenó Horler

Daendels salió del coche, y tras él, se apeó Horler. Permanecieron unos instantes en pie sobre la hierba que brotando inconteniblemente del bosque pretendía invadir la carretera.

Todo estaba en silencio, excepto por el susurrar de la brisa entre las Tarjas y el murmullo de las olas.

—Adiós, Armida —dijo, Horler.

Ella no contestó. Puso en marcha el motor de nuevo, y dando un hábil giro al volante, atravesó la carretera en su ancho. Hizo marcha atrás, y con dos maniobras más presentó a los tres hombres las ruedas traseras del coche.

No se oía ya el motor, cuando Horler explicó:

—Sólo ella se quedará aquí. Nosotros hemos terminado en esta isla. Vendrán nuevos elementos…

—Con un disco de oro y una gran perla negra, ¿no? —dijo Daendels con los dos brazos doblados ante su pecho y las manos a la altura de su rostro.

Villiers era el que ahora le empujaba por la espalda. Horler limitábase a mantener la diestra introducida en el bolsillo de su americana.

—Te serviré de guía —dijo y su mano izquierda cogió por el codo al holandés.

Empezaron a andar por la pendiente abierta entre el bosque. Los árboles y la vegetación iban clareando.

El faro trazaba surcos blancos en la líquida extensión del mar que se iba acercando, a medida que los tres hombres iban avanzando.

Un almacén-embarcadero destacábase junto a la playa, y cercano de la base del acantilado en cuya cumbre estaba la torre del faro.

—El almacén número seis de la compañía «Van Bloeng» —dijo Daendels.

—Donde nos recogerá la lancha motora que nos ha de llevar a bordo del barco que nos conducirá lejos de Java —dijo Villiers con satisfacción.

—¿A mí también? —inquirió Daendels.

—Tú morirás allí dentro —y en la obscuridad los ojos de Horler miraban hacia el hangar de la compañía «Van Bloeng».

—¿Está allí la séptima perla? —preguntó Daendels.

Lejano se oyó un petardeo. Horler miró la esfera luminosa de su reloj. Apretó el paso, empujando el codo de Daendels. Le imitó Villiers presionando más fuertemente la espalda del holandés.

—Se anticipó —gruñó Villiers.

Y repentinamente los pies de los tres hombres tocaron arena húmeda. Estaban junto a la playa, distando treinta pasos de la edificación de madera.

Los penachos de espuma que se aproximaban por el mar eran ya perfectamente visibles. Enfilaba la canoa automóvil su proa hacia la base del acantilado.

Apresuraron el paso Horler y Villiers llevando casi a empellones al policía hacia el caserón de madera.

El motor que se aproximaba cesó de petardear y la canoa, resbalando sobre la quieta superficie del agua, tocó casi con la columna de madera del embarcadero.

De pronto, un foco de luz brotó de la canoa cegando a Horler y Villiers.

—¡Condenado imbécil! —gruñó Villiers.

—¡Cuidado! —gritó Horler agudamente.

Daendels se tiró al suelo cuan largo era. Villiers disparó hacia la canoa de la que acababa de saltar un individuo larguirucho, con un fusil ametrallador.

Disparó también Horler, pero arrodillado, y soltó su pistola para llevarse las manos al estómago.

Villiers describió varias vueltas como una peonza lenta y ebria. Cayó por fin de bruces contra la arena, y el sombrero hongo saltó, dejando al descubierto el cráneo quemado y cicatrizado, desnudo y blanco como un queso de gruesa corteza.

El fusil ametrallador cesó de tabletear.

Ross Maloney aproximó, pero no encontró a Daendels. Sin embargo al enfocar con su linterna eléctrica las tres siluetas lo había visto echarse al suelo.

Oyó un disparo precedente del interior del caserón de madera, y arrojóse de bruces entre los dos cadáveres de Horler y Villiers.

Un rectángulo de luz brotó de una ventana de cristales de la fachada lateral del gran hangar-depósito de mercancías.

Maloney se puso en pie de un salto. Corrió hacia el hangar completamente desconcertado, porque las dos siluetas que acababa de ver iluminadas y forcejeando en el interior del hangar eran las de Wynberg Daendels y Mina Van Bloeng.

Capítulo VII

WYNBERG DAENDELS SE EXPLICA

Apenas la luz de la linterna eléctrica logró cegar a Horler y Villiers, el policía holandés arrojóse contra el suelo, porque menos atento que los otros dos en mirar hacia el hangar, había percibido quién era el que estaba atando rápidamente un cabo alrededor de una columna del embarcadero.

Y había visto el fusil ametrallador colgando en banderola de una correa pasada alrededor del cuello del marino americano.

Al disparar los dos espías hacia la canoa, Wynberg Daendels, arrastrándose un trecho se puso repentinamente en pie, y corrió a toda prisa en zig-zag hacia el hangar.

A sus espaldas resonaban los disparos de las dos pistolas… Disparos ya inútiles, efectuados por contracciones musculares de dos hombres agujereados por una doble ráfaga del ametrallador.

Una lámpara de acetileno iluminaba débilmente el interior del vasto hangar, desparramándose por encima de los fardos de algodón, en enormes pilas de mercancía.

Arrodillado, Daendels fué avanzando pegado a los suaves montones de blanca contextura. Se detuvo de pronto, porque cautelosamente una silueta femenina avanzaba por entre dos hileras de fardos…

La mano de Daendels palpó para irse incorporando en silencio. Tropezó con un conmutador, y una luz intensa, de un foco de lámpara pintada de rojo, inundé el hangar.

Guillermina Van Bloeng disparó, pero ya la mano de Daendels rodeaba su muñeca, y torció sin reparos…

La pistola automática cayó al suelo, y Mina Van Bloeng abrazada por el policía holandés, intentaba liberarse…

—¡Hey! —resonó una voz en el umbral—. Suelte a esa mujer, Daendels. ¿Se ha vuelto loco?

Wynberg Daendels se agachó rápidamente recogiendo la pistola del suelo.

—¡Cuidado! —advirtió Maloney avanzando en ristre el ametrallador.

Pero Wynberg Daendels le volvía la espalda, apuntando a Mina Van Bloeng, que, inmóvil, sujetábase la muñeca dolorida contra el seno.

—Estese quieto, Maloney —dijo Daendels —. Le doy millones de gracias por su oportunísima llegada, pero ahora tengo que hablar con la silueta que nada tiene ya de borrosa. Mina Van Bloeng, ¿me entrega la séptima perla negra o la registro?

Ross Maloney a espaldas de Daendels, dejó colgar de su cuello el fusil ametrallador.

Iba a desarmar al policía, cuando detuvo su impulso al ver el objeto que acababa Mina de extraerse del sostén: un disco de oro rodeando una perla negra.

La arrojó a los pies de Daendels, quien, inclinándose, la recogió.

—De manos de Clara Morris a sus manos, y ahora a las mías. Van liquidándose las siete perlas, Mina. Armida Sukabumi será detenida así como Silva. Usted les hará compañía. Los demás no pueden contestar ya a ningún interrogatorio humano.

—Oiga… ¿Qué endiablado lío es éste? ¡Si ella vino conmigo! —estalló Maloney avanzando otro paso y colocándose al lado del holandés reclinado contra un fardo del algodón.

—Es sencillo de deducir. Mina Van Bloeng no sabía que heredaría pronto cuando salió de Amsterdam. Pertenecía ya a alguna «Kommandantur», y ellos la quisieron utilizar ya que se disponía a venir a Java. Era magnífica la ocasión. Nadie sospecharía aquí de la nieta de Julius Van Bloeng. Y en cambio Clara Morris podría despertar vigilancia. Me despistó el ver que la estrella del «Ruysdaels» se disponía a partir. Alguna que otra vez había pensado en ella, pero la descarté, aunque conservándola dentro de las posibles «siluetas borrosas»… Llegué hasta a sospechar de mi propio Comisario.

—Pero… ¡Si la atacaron estando conmigo!

—Manera de inocentarla, Maloney. Y a la segunda cita los cuatro no habrían acudido. Y ella sabía que tarde o temprano me lo explicaría usted. Todo muy sencillo.

—Yo no lo veo ni pizca. Hable, Mina. Defiéndase —conminó Maloney.

—Cuanto dice Wynberg Daendels tendrá que demostrarlo. Yo afirmo que son falsedades —dijo ella con voz pausada.

—Silva está custodiado y ya hablará. También lo hará Sukabumi. Ellos dos son simples comparsas, y con promesas o con otros procedimientos menos suaves yo les haré hablar. Por de pronto a usted, Mina, varios años de cárcel la esperan. Somos muy severos aquí por el delito de tenencia ilícita de armas… Y también el frustrado asesinato se castiga fuertemente. Antjol Stadskerk me hizo una declaración privada que firmó, Mina, acusándola de haber intentado matar a Armida Sukabumi…

—¡No es verdad! —gritó ella y parecía sincera.

—…en la habitación número doce del «Hotel de las Indias». No pudo consumar su atentado, porque se le encasquilló el arma, que yo encontré en el suelo de la terraza. ¡Esconda su fusil! ¡Pronto!

—¿Eh? —interrogó Maloney en el colmo de la sorpresa

—¡Mis hombres! —apremió Daendels.

Ross Maloney se quitó del cuello la banderola de cuero e introdujo el arma entre dos fardos.

Cuatro agentes uniformados penetraron en el hangar. Uno de ellos llevóse

la mano al casco, saludando.

—Del faro, señor, nos avisaron que…

—Llévense a esta señorita. Inculpada de intento de asesinato en la persona de Armida Sukabumi. Enciérrenla en el sótano de Comisaría, hasta mi llegada.

Vaciló unos instantes el primer agente. Otro se anticipó y cogió del brazo a la holandesa, que erguida la cabeza, abandonó la vasta sala, encuadrada entre dos agentes.

Los otros dos permanecían aguardando órdenes.

—Carguen con los dos muertos de la playa. Tuve que evitar que me quitaran de en medio. Pueden retirarse.

Ross Maloney examinaba al holandés como si no acabara de acostumbrarse a verlo.

—Vaya lío… —murmuró por fin—. ¿Quién lo había de creer que la javanesa estuvo a punto de ser acribillada por esta muchacha?

—Fué Antjol Stadskerk quien disparó contra Armida.

Ross Maloney decidió morder las palabras que iba a gritar exasperado, y sólo emitió un sonido breve.

Wynberg Daendels, más soñadores que nunca los ojos pardos, levantó los hombros, presentando las palmas de las manos abiertas.

—Mis métodos son poco regulares. Pero, estamos en Java… y ese era un asunto poco común, mezcla de intereses privados con órdenes secretas procedentes de mando extranjero.

—Bien, pero, ¡caramba! ¿Le va a colgar un muerto a Mina?

—Armida Sukabumi está viva, porque debió prever la agresión. Antjol Stadskerk vió la ocasión más propicia: yo en el Hotel; Mina cerca de su habitación…

—Pero… ¿para qué? ¿No eran compinches y todo lo demás?

—Armida Sukabumi era ya un peligro para Stadskerk, después de leído el testamento delante de Mina Van Bloeng. Las declaraciones de ella, hicieron pensar al gerente en la posibilidad de quedarse dueño exclusivo de las propiedades de Julius Van Bloeng.

—Vamos a respirar aire que no sea tan algodonoso —dijo Maloney a la vez que volvía a extraer su fusil ametrallador, colgándoselo del cuello.

En la playa rascóse la sien, dirigiéndose hacia el embarcadero donde la canoa, bamboleándose suavemente, cabeceaba contra la columna a la cual estaba atada.

—Si el sapo quiso matar a la javanesa, ¿por qué ésta no le denunció?

—No hubiera sido creída. Además, había algo que se lo impedía. Ambos pertenecían a la misma organización de espionaje. Y los que mandan, castigan las delaciones.

—¿El papel anunciando la muerte de Stadskerk?

—Stadskerk era muy inteligente… hasta que no supo valorar en cuanto valían unos puños… Y ya ve: era hombre muy entendido en justipreciar las

buenas mercancías…

—¿A quién diablos le endilgará usted la muerte de Stadskerk?

—A veces hay elefantes que se desmandan.

Entró Maloney en su lancha. Wynberg Daendels vino a sentarse junto a él.

—Hermosa noche. Hoy no dormiré, pero mañana… ¡ah, mañana! Descansaré porque habrá siete perlas ya liquidadas. Vendrán otra… pero mientras tendré algún tiempo de vacaciones. A propósito, Maloney. Zarpe esta misma noche. Me dolería tener que detenerle por el uso indebido de armas de fuego, aunque sea en defensa de la autoridad.

Ross Maloney examinó en la penumbra el rostro del adjunto.

—¿Va en serio?

—No. Pero aléjese de esta isla. Nada ganará en ella, y puede perder mucho. Es un clima malsano, desmoralizador, inquieto, que enerva y deprime.

Ross Maloney tocó en el hombro al policía.

—Ahueque. Tengo que largarme. Seguiré su consejo. ¡Ojalá nunca hubiese venido a esta endemoniada isla!

—No lo diga. Si no llega a presentarse, ¿cuál hubiera sido el chispazo dinámico que pusiera en marcha la explosión?

—Pudo usted haber enfocado las cosas más de frente.

—No. Yo soy un funcionario respetuoso. El señor Antjol Stadskerk era un elemento conspicuo. El propio Comisario me hubiese acompañado a bordo de cualquier barco de pasaje si yo me hubiese permitido la menor insinuación contra el honorabilísimo gerente de la compañía «Van Bloeng».

—Usted terminará mal, violinista. ¿Cómo diablos no se le ocurrió hacerse acompañar por varios agentes allá en el piso de la estrella de la canción y de la borrachera?

—Podían vigilarme. Y se hubiese escapado lo único que me interesaba: la silueta principal. No podía hacer rodear él hangar de la torre del acantilado. A las ocho… Usted lo sabía… y usted vino…

—¿Y si no llego a venir?

—Entonces, me habría equivocado respecto a usted, buen mozo.

—Resumiendo, cuatro muertos, un herido, «Araki», perlas negras… ¿y qué? ¿Qué grandes intereses hay en todo esto?

—Es vago, borroso… Puntales sólidos para un futuro bélico. Una vasta telaraña extendida por el Globo. Cortando algunos hilos en cada rincón, se labora efectivamente… La telaraña tiene que volver a remendarse… Yo volveré a verme privado de sueño…

—Hasta que le entierren. Usted Morirá joven, amigo.

—Ambos.

Y sonriendo, Wynberg Daendels tendió la mano.

—¿«Shake-hands», yanqui?

Sacudió Maloney vigorosamente la mano ofrecida.

—No se apure por todo eso, Ross Maloney. Eran criminales. No merecen

tan siquiera que lo recuerde…

—¿Mina?… ¿Qué le ocurrirá?

—Poca cosa. En realidad son muy vagas mis acusaciones contra ella. Como todo lo que por aquí ocurre. Mataron últimamente al farero de aquella, torre, en una reyerta de taberna. Fué sustituido por otro, al cual a mi vez yo logré hacer sustituir por alguien que me merecía confianza.

El haz del faro barría incansablemente las tinieblas.

—¿Ve usted esos chorros de luz ? Simbolizan la vida en Java. Tinieblas espesas, destellos de luz… Lucha sorda. Nada se define. Todo queda flotando, indeciso, indecible… La imaginación se extravía en dédalos de confusiones… Java, la bella isla tropical. Paraíso lejano en que sueñan los europeos. Y lo que de lejos es verde y surcado por cristalinos arroyuelos, al pisarlo se convierte en putrefacta vegetación y los arroyuelos levantan nubes de mosquitos molestos.

—No creo que tenga la pretensión de que yo me pase la noche escuchando sus divagaciones, ¿no?

—Hay que divagar mucho para dar en el clavo.

—Que no le atraviese el cráneo como al Pieter ese del parque.

Wynberg Daendels saltó al embarcadero. Tendió algo a Maloney, que éste cogió a la luz roja de la linterna de proa el redondo disco de oro y la perla negra.

—Quédese con ella, Ross Maloney. Vale dinero allá en el litoral.

—¿A título de qué me lo regala? Tengo ya la del sapo.

—Usted colaboró eficazmente conmigo. Supongamos que es el comisario de Weltreveden quien le obsequia. Ahora, cuando vea a este señor, le haré saber que usted zarpó con rumbo desconocido. En realidad, será un simple formulismo. El comisario no habla más que por mi boca, y sólo firma lo que yo escribo. Tiene plena confianza en mí.

—Ya me di cuenta de que tenía cara de estúpido. Adiós, violinista.

Acercóse Maloney a la palanca de contacto.

Wynberg Daendels agitó la mano manicurada.

—Buena suerte. No permita que nunca ni nadie alteren el buen funcionamiento de su cerebro obtuso voluntariamente. No se pervierta abandonándose al vicio de pensar demasiado. Adiós.

La canoa describió un raudo giro, y fué iluminada dos veces por el haz de luz del faro, ante de desaparecer bordeando el litoral.

Wynberg Daendels se encogió de hombros y abandonó el embarcadero. De soñador tenía tan sólo los ojos…

EPÍLOGO

La canoa vino a arrimarse al flanco del velero. Lanzaron desde cubierta los cables rematados en garfios, y cuando los hubo sujetado, Maloney trepó rápidamente por la escalerilla.

Dirigióse hacia el oficial holandés que al frente de diez marinos de guerra estaba de permanente centinela en el barco, cuya tripulación la componían enteramente chinos de clásico aspecto de piratas fluviales.

Ross Maloney señaló la zona portuense y resbaló una contra otra sus palmas, señalando con la nuca hacia el mar abierto.

La canoa, al ser izada, era un barco normal, y ninguna prohibición había en que el capitán de aquel velero paseara con él. Un fusil ametrallador estaba bajo una lona, pero su invisibilidad era garantía de inofensividad, en todos los sentidos legales y extralegales.

El oficial holandés dió una orden a sus soldados. Se alejaron por la escalera que conducía al muelle.

Ling, el piloto, y Tian, el lugarteniente, vinieron a saludar por tres veces en rápida inclinación, cuando Maloney les llamó.

—Fuera anclas y vámonos de esta isla apestosa. Cuanto antes mejor.

—¿Rumbo, capitán Pantera?

—Al Norte, siempre al Norte, hasta que te avise. Ahora tengo sueño y quiero dormir. Quédate conmigo, Tian.

Ling marchóse, y Maloney subió al castillete del entrepuente seguido por el viejo pirata chino.

Desde allí presenció la maniobra de levar anclas… Poco a poco, el «Panther» se separó del muelle. Las velas iban tensándose, y la línea de luces fué apagándose…

Tanjung Priok estaba ya lejos, y sólo un mar calmoso rodeaba el velero, cuando Ross Maloney respiró a fondo.

—Si me pierdo no me busques nunca por Java, abuelo Tian.

—Es isla con demasiados blancos —dijo Tian desdeñoso.

—¿Acaso yo soy negro?

—Tú eres tú, capitán Pantera. Confucio te hizo blanco, pero te considera como uno de sus hijos predilectos.

—Tu elogio es inmerecido —dijo Maloney de buen humor.

Al menos, aquello era natural: mar abierto, un velero, el viejo Tian…

Rió para desfogarse del marasmo extraño que le había invadido en aquellas treinta horas que se le antojaban ahora irreales…

Pero palpó dos objetos duros en su bolsillo. Las vendería cuanto antes pudiera.

Y si algún día lograse su meta y le diera el capricho por comprarse joyas, nunca elegiría perlas negras…